

Acción, estructura y emergencia en la teoría sociológica

Aldo Mascareño¹

Resumen

La distinción acción/estructura es inmanente al desarrollo de la sociología. Su alto nivel de abstracción, su capacidad para ordenar la imagen de lo social y su correlación con la perspectiva interna de los actores, le han permitido sostenerse desde los inicios de la disciplina como una pieza clave en la arquitectura de la teoría sociológica. El objeto de este artículo es evaluar de qué manera ella responde al creciente uso que la sociología contemporánea hace de otro concepto que se transforma progresivamente en un programa transversal de ella: el concepto de emergencia. Este supone la comprensión de acción y estructura como niveles de lo social con propiedades autónomas mutuamente irreductibles que se relacionan por medio de irritaciones en secuencias temporales diferenciadas. James Coleman, Talcott Parsons, Margaret Archer y Niklas Luhmann son los autores revisados. Subyace la hipótesis que las construcciones teóricas que trabajan con el concepto de emergencia están en mejor posición de captar la complejidad de la sociedad moderna que aquellas que entienden la relación acción/estructura de manera reduccionista.

Action, structure and emergency in the sociological theory

Abstract

The distinction action/structure is immanent to the development of sociology. Its high level of abstraction, its ability to offer an ordered conception of the social, and its correlation with the actor's internal perspective, have allowed it to remain a key feature of the architecture of sociological theory from its very beginning. The aim of this article is to revise how it reacts to the increasing use of another concept which progressively becomes a transversal programme in contemporary sociology: the concept of emergence. This implies the comprehension of action and structure as levels of the social containing autonomous and mutually irreducible properties related to each other through irritations in differentiated temporal sequences. James Coleman, Talcott Parsons, Margaret Archer and Niklas Luhmann are the reviewed authors. The underlying hypothesis is that the theoretical constructions based on the concept of emergence are better positioned to apprehend the complexity of modern society than those understanding the relationship between action and structure in a reductionistic manner.

¹Doctor en Sociología, Universidad de Bielefeld, Alemania. Académico del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado (amascaren@uahurtado.cl). Agradezco a Daniel Chernilo sus comentarios críticos y sustantivas sugerencias en relación a las formulaciones centrales de este texto. El artículo se enmarca dentro de la investigación teórica del proyecto Fondecyt 1070826.



Aunque no siempre sujeta a una autorreflexión dentro de la construcción teórica misma, la distinción acción/estructura ha sido una constante del pensamiento sociológico desde su nacimiento. Las razones que pueden aducirse para esto tienen que ver con su alto nivel de abstracción y con las posibilidades heurísticas que por ello ofrece. En primer lugar, a pesar que la distinción no es neutra en atribuir a lo social un carácter dual, es lo suficientemente extensa para incorporar variados supuestos ontológicos acerca de sus componentes o para soportar un amplio rango de concretizaciones de lo que puede ser entendido por estructura o por acción. En cuanto a los supuestos ontológicos, la estructura puede ser vista como un universal (Lévi-Strauss) o individualmente determinada (Coleman), replicable a todo nivel (Parsons) o diferenciada y multinivelada (Luhmann); la acción en tanto se presenta como individual (Weber) o colectiva (Durkheim), como un evento discreto (Simmel) o como interacción (Schütz). En cuanto a las concretizaciones teóricas, desde la idea de modos y relaciones de producción en Marx hasta la fórmula de estructura de expectativas en Luhmann caben dentro de lo que puede ser entendido como estructura. De igual modo, desde la noción de acción con sentido de Weber hasta la acción sobre base lingüística de Habermas pueden ser comprendidas de manera simple bajo el concepto de acción. De tal manera, los términos de la distinción cumplen con una condición básica de toda fórmula de alta abstracción: son suficientemente generales para captar múltiples posibilidades de fundamentación y concretización y, a la vez, son suficientemente específicos para incluir esas posibilidades en un rango distinguible de otro.

En segundo lugar, la distinción ha permitido establecer modelos de análisis teórico según los énfasis en la construcción de la arquitectura teórica entre aquellos que privilegian la acción como fundamento de lo social, aquellos que observan en la estructura lo propiamente social y aquellos que de la relación acción/estructura derivan la idea de emergencia de lo social. En el primer caso se puede mencionar a James Coleman, en el segundo caso es común citar las formulaciones de Niklas Luhmann y en el tercero puede hacerse referencia al dualismo analítico de Margaret Archer.

En tercer lugar, finalmente, la distinción parece reflejar de modo correlativo la relación entre la observación sociológica que utiliza el prisma de la distinción acción/estructura y la autodescripción de los actores acerca de sus experiencias diarias de libertad y restricción, de sentirse títere o titiritero en el escenario de lo social (Archer 1995). Esto incluso puede relacionar la distinción acción/estructura con distinciones políticas clásicas en el sentido de la afirmación de la individualidad por sobre la comunidad o el Estado (liberalismo) y la mantención de estructuras a pesar de los distintos patrones de acción (conservantismo). O vincularla a distinciones políticas más contemporáneas como el cosmopolitismo y el pluralismo, al aceptar una relativa estabilidad de estructuras que deja espacio para particularismos comunitarios en el mundo de la vida (Habermas) o para la contingencia de la acción individual (Mouffe).

No por una carga de la tradición entonces, la distinción acción/estructura goza de buena salud en el análisis sociológico. Se puede afirmar que ella es inmanente al desarrollo de la sociología. Ha sabido captar una de las aspiraciones centrales – sino la más importante – de la teorización en sociología: la comprensión de la relación entre la evidencia cotidiana y experiencia profunda de la acción individual y la consecuencia evolutiva de la formación y estabilización de estructuras sociales. El objeto de este artículo es revisar la forma que adopta esa relación en distintos autores y observar su comportamiento a la luz de una idea que en la tradición filosófica tiene larga data, pero que en sociología sólo en las últimas décadas ha cobrado mayor consideración. Me refiero a la idea de emergencia. Para ello propongo inicialmente un modelo de análisis teórico que esté en posición de enfrentar los distintos niveles de construcción teórica y entregar luces acerca de su constitución y consecuencias (I). Sobre esta base, elaboro la hipótesis de que las teorías emergentistas basadas en la distinción acción/estructura están en mejor posición para abordar la complejidad de la sociedad moderna que las que entienden esa distinción de modo conflacionista (II), hipótesis que luego se probará en las construcciones teóricas de James Coleman (III), Talcott Parsons (IV), Margaret Archer (V) y Niklas Luhmann (VI). Concluyo con una breve evaluación de estos modelos en relación a sus posibilidades de captar la complejidad de las operaciones sociales en la sociedad contemporánea (VII).

I. Fundamento, dinámica y performatividad teórica

George Ritzer (1990) distingue tres modos fundamentales de análisis metateórico en sociología. El primero es un medio para obtener una mejor comprensión del campo teórico, el segundo se constituye en un prelude para el desarrollo de teoría, y el tercero entiende la metateorización como una fuente de perspectivas analíticas que abarcan la teoría sociológica en general. Si la distinción acción/estructura es inmanente a la teorización sociológica, entonces el modelo de metateorización intentado aquí se acerca más al tercer tipo de Ritzer: la distinción acción/estructura como un fundamento que trasciende modelos teóricos discretos y que constituye una especie de programa de la teoría sociológica general.

Siendo esto así, se requiere de un esquema abstracto que permita la comparación más o menos homogénea entre diversos modelos de teoría que comparten la distinción acción/estructura. Ritzer et al. (2002) entregan un modelo que puede ser de utilidad en este caso. Los autores distinguen tres niveles: orientación filosófica, teoría sociológica de primer orden y reflexiones metateóricas. Sin embargo, su modelo preestablece las orientaciones filosóficas (positivista, hermenéutica, crítica, postmoderna), el tipo de teorías de primer orden (nomológicas, interpretativas, normativas y relativistas) y la forma de las reflexiones metateóricas (en propósito, proceso y productos), lo que



otorga cierta razón a la crítica de Turner (1990) en cuanto a que la metatorización no es tanto una cuestión de los presupuestos que la sociología debiera tener, sino más bien de la arquitectura e implicancia de las teorías existentes. Por otro lado, si se trata tanto de la arquitectura como de las consecuencias de la teoría, la clasificación de Ritzer et al. incluye de buen modo la primera pero tiende a oscurecer las segundas tras la sobriedad del análisis metateórico.

Para el tipo de ejercicio que busco desarrollar aquí el modelo de Ritzer et al. es aplicable en su forma, no tanto en sus contenidos. Para lo que Ritzer et al. llaman orientación filosófica quiero proponer el concepto de *fundamento operativo*, esto es, los supuestos ontológicos y epistemológicos subyacentes (muchas veces no explícitos) que se ponen en movimiento en cada operación sociológica (a). Para el concepto de teoría de primer orden empleo el concepto de *componentes dinámicos*, es decir, las construcciones teóricas parciales o temáticas que resultan de las operaciones teóricas y que se basan en los supuestos ontológicos y epistemológicos de las mismas (b). Y finalmente para la idea de reflexiones metateóricas empleo la categoría de *componentes preformativos*. Ellos suponen la extensión de las teorías hacia el cambio o transformación de las condiciones sociales que describen o explican, e implican un determinado modo de comportarse en relación al mundo en caso de pretender alguna intervención en él (c).

(a) El fundamento operativo de una teoría estaría constituido por lo que Lakatos (1983) y Stegmüller (1976) llamarían el núcleo de una teoría. Ellos entienden esta proposición como una figura de alguna manera estática, como aquellos elementos que no cambian en una teoría sin que la teoría pierda su consistencia y coherencia interna. Se trata además de elementos empíricamente resistentes que operan paralelamente como supuestos restrictivos. Ibáñez (2006) no obstante, entiende que este núcleo también puede sufrir transformaciones, tanto en la organización de sus componentes como en su complementación con nuevos elementos. Al aceptar la posibilidad de cambio en el núcleo, parece más apropiado entenderlo como fundamento operativo, es decir, como aquello cuya articulación dinámica permite a la teoría sintetizar sus componentes y ponerlos en funcionamiento. El fundamento operativo podría sufrir modificaciones sin que ello altere mayormente la interpretación a nivel de los componentes dinámicos. Ejemplos de esto hay múltiples: el paso que hace Luhmann de la noción de autorreferencia al concepto de autopoiesis en 1980; el paso de Habermas desde la distinción entre praxis y técnica en los setenta a la de mundo de vida y sistema en 1981. Pareciera ser que la transición de Parsons entre la comprensión de lo social como *unity act + marco de referencia* en la teoría voluntarista de la acción de 1937 a la noción de sistema (sociedad, cultura, personalidad) en 1951 constituiría otro ejemplo del cambio en el fundamento operativo sin alteración de los componentes dinámicos.

Como elementos de este fundamento se pueden encontrar: los *supuestos ontológicos* que atribuyen propiedades al tema de la teoría, y los *supuestos epistemológicos*, que definen una forma de abordar el tema. Los supuestos ontológicos remiten a dimensiones básicas como la temporalidad, la espacialidad, la composición de entidades y las relaciones de causalidad entre ellas (Cruickshank 2002; Bentley 2006; Bickhard 2006). Expresiones de esto son la comprensión del ‘objeto’ como un orden procesual, multinivelado, interrelacionado (Valsiner 1998; Ibáñez 2007), estable, teleológico, guiado por leyes (Harris 1985), abierto a influencias causales eficientes, abierto a causalidad como limitación de posibilidades (Emmeche et al. 2000), compuesto por entidades discretas con propiedades independientes (Coleman 1994), fragmentado (Derrida 1989), emergente (Archer 1997), contingente (Luhmann 2007).

Los supuestos epistemológicos en tanto, apuntan más bien al tipo específico de aproximación teórico-cognitiva que se emplee para dar cuenta del orden social. Es el modo de conocer de la teoría, que debe ser separado de cuestiones ontológicas que apuntan más bien a la definición del ser (Van Frasseen 2000). La clasificación general de Ritzer et al. de lo que denomina las orientaciones filosóficas puede ser citada aquí como ejemplo de modos de conocimiento —positivo, hermenéutico, crítico, postmoderno. La imagen sin embargo es algo estática, tanto en lo relativo a su extensión —se podría pensar también en una orientación dialéctica, constructivista, compleja— como en la delimitación de campos. Una pregunta relevante para superar esta delimitación es qué combinación de orientaciones epistemológicas se emplean en qué construcción de teoría, por ejemplo, ¿subyace a la teoría de Parsons sólo una teoría del conocimiento positivista-nomológica o existen en ella también componentes críticos o incluso postmodernos?, o ¿es la modelación de la acción de los agentes intentada por Coleman un modelo interpretativo, nomológico o complejo?

De estos supuestos epistemológicos y ontológicos derivan también los subcomponentes metodológicos de las teorías. Se habla de subcomponentes pues no se definen *a priori*, sino que emergen de los primeros. Si se trata de una epistemología hermenéutica interesada fundamentalmente en la acción, se aplicarán estrategias metodológicas orientadas a la comprensión (Garfinkel 1967, Robles 1999). Cuando el problema es la relación de acción y estructura hay una combinación de metodologías inductivas y deductivas (como en Archer 2007). Si se trata de la relación de acción y estructura en orden a distinguir un nivel emergente se privilegian estrategias metodológicas de modelación (Mascareño 2007a; Reinhold 2006; Daiker 2006), o aproximaciones como la observación de segundo orden en Luhmann (2007), o el enfoque cibernético de Archer (1997). Si la descripción teórica remite a órdenes compuestos por entidades discretas con propiedades independientes, probablemente la aproximación privilegiada sea una metodología estadística, como en el caso clásico de Murdock en antropología (1981), o de la ciencia política empírica (Von Beyme 1991).



(b) Los componentes dinámicos de una teoría son el resultado del procesamiento lógico de las imágenes de mundo en base a los fundamentos operativos (Ibáñez 2006). Puesto que el fundamento operativo implica supuestos acerca del orden del mundo (supuestos ontológicos) y acerca del modo de conocerlo (supuestos epistemológicos), entonces el 'mundo' es un metamundo de la descripción teórica. Dicho de otro modo, la distinción ser/no-ser está inscrita en esos supuestos (Luhmann 2005a). Los componentes dinámicos constituyen la descripción del mundo hecha por la teoría en términos de teorías parciales, por ejemplo en Habermas la teoría de la evolución como desacoplamiento de sistema y mundo de vida o la teoría del derecho como articulación de ambos componentes. O en Luhmann la teoría de la diferenciación funcional (incluidos sus subcomponentes: derecho, política, arte, etc.) o la teoría de los medios de comunicación (de difusión y simbólicamente generalizados).

El carácter dinámico de las teorías parciales puede entenderse en un sentido objetual y temporal. En cuanto al primero, sobre el fundamento operativo pueden construirse variadas teorías parciales en relación a distintos campos temáticos, y cuanto al segundo, la organización de esas teorías parciales puede variar, lo que presupone cambios de énfasis o complementaciones en el fundamento operativo. Un ejemplo de esto es la posición de Habermas respecto del derecho entre *Teoría de la acción comunicativa* (1990) y *Facticidad y validez* (2000). En la primera obra, el derecho es el vehículo de colonización del mundo de la vida que juridifica especialmente la familia y la educación por presiones políticas o económicas; en la segunda obra, el derecho es la vía que permite dotar de legitimación a la dimensión sistémica de la sociedad desde el mundo de la vida. Esto puede explicarse por cambios de énfasis en el fundamento operativo (lo que de paso muestra que no se trata de componentes estructurales inmutables). En el primer caso, en la teoría de la colonización vía derecho parece subyacer la idea de un mundo de vida abierto a una causalidad sistémica eficiente; en el segundo caso, el mundo de vida se observa más clausurado operativamente y con capacidad de influenciar al sistema vía derecho.

A este nivel, una distinción fundamental viene a constituir el nexo entre fundamento operativo y componentes dinámicos, la distinción entre *explanans* y *explanandum*. El primer término remite al modelo conceptual de arquitectura teórica que se emplea para dar cuenta de un evento o un conjunto de ellos. Es esa estructura lógica que permite ordenar el mundo, aquello *que lo explica*. El *explanandum* en tanto, resulta de la aplicación de esa estructura conceptual al evento específico o conjunto de eventos de que se trate. Es la organización de conceptos aplicada a un tema específico, es decir, es *lo explicado*. En su formulación más clásica, Hempel y Oppenheim (1948: 152) entienden el primero como la clase de sentencias que se aducen para dar cuenta de un fenómeno, y el segundo como las sentencias que describen el fenómeno a ser explicado. Más contemporáneamente J. Woodward (2003) ha entendido la distinción como autoconstituida en la relación entre los cambios de las variables de los enun-

ciados explicativos, los cambios en las variables explicadas y el tipo de intervención que los primeros ejercen sobre las segundas. Sea como sea, explanans y explanandum son rendimientos internos de la teoría. Se puede decir, son operaciones propias de la teoría respecto de una temática externa pero que se constituye como temática internamente. Es decir, en la vinculación de explanans y explanandum se define el mundo que la teoría observa. No hay en ello una pretensión de aprehensión de lo *real*.

(c) Los componentes performativos están de algún modo delineados en la propuesta de Ritzer et al. (2002), en lo que los autores califican como ‘productos’ de la metateorización: acumulación teórica en el caso del positivismo, ilustración bajo concepciones hermenéuticas, emancipación humana en el paradigma crítico y deslegitimación en el postmoderno. Con ello los autores se ocupan de las consecuencias de la teoría en otros espacios de validez, como parecía reclamarlo Turner (1990). La idea de performatividad aquí empleada va, sin embargo, un poco más allá de la interrogante —algo neutra— por las consecuencias de la teorización, aunque también se sitúa más acá de la idea de validez precientífica de la teoría en el acontecer experimentable (Habermas 1990). El sustrato de la idea performativa es pragmático: “satisfacer sus propias reglas y pedir al destinatario que las acepte” (Lyotard 1989: 79). Con ello la teoría crea las condiciones de su propia aceptación e impacto en espacios de validez ajenos al científico y, a la vez, indica cómo es posible intervenir en el mundo según sus propias premisas.

Se puede discutir si la dimensión performativa es un componente de la arquitectura teórica en sociología (Weber 2004, Llobera 1980, González 1987, Harris 1982). Según Chernilo (2007a, véase también su contribución en el presente volumen) a la teoría sociológica subyace un sustrato normativo que apunta a la adecuación del mundo a la imagen cognitiva que se construya de él. Más allá de cuál es el contenido de ese sustrato normativo, parece en este sentido plausible entender los componentes performativos no como simples consecuencias no pretendidas de la arquitectura teórica, aunque tampoco como el descubrimiento o interpretación de las aspiraciones emancipatorias de los actores, sino una derivación lógica tanto del fundamento operativo como de los componentes dinámicos de las diversas teorías sociológicas. La teoría de la superación del capitalismo en Marx o la teoría de la acción comunicativa son ejemplos claros de ello, pero también lo es la performatividad descentrada de la teoría contextual de la intervención sistémica (Willke 1993) o la regulación contingente que produce del derecho reflexivo (Mascareño 2008a).

En este sentido, la dimensión performativa es también interna a la teoría sociológica. Si su sustrato es de carácter pragmático, la aceptación de las reglas de descripción conduce a la formulación de reglas de orientación tanto en relación a la acción como a la estructura, aunque lograr la transformación o permanencia de las condiciones sociales según tales reglas ya no es un rendimiento exclusivo de la teoría. Para ello



más bien debe acoplarse a ideologías políticas, preceptos morales, dogmas religiosos o normas jurídicas.

Como se anunciaba al inicio, puesto que la distinción acción/estructura es una constante en el pensamiento sociológico, se puede derivar que ella ha sido lo suficientemente flexible para soportar las diversas aproximaciones ontológicas, epistemológicas, los múltiples ordenamientos de la relación entre ambas, las distintas consecuencias para la comprensión de lo social a nivel de los componentes dinámicos y para la transformación o permanencia de las condiciones sociales a nivel de los componentes performativos descritas en esta sección. Vistas las cosas así, parece claro que la distinción acción/estructura cruza el desarrollo de la sociología horizontalmente y la atraviesa también verticalmente en sus fundamentos operativos, sus componentes dinámicos y sus componentes performativos. Es una distinción directriz para su producción teórica. La pregunta es ahora si frente a las condiciones de una sociedad compleja como la contemporánea, la distinción acción/estructura puede encontrar una nueva revitalización bajo el concepto de emergencia.

II. Acción/estructura como distinción directriz y el problema de la emergencia

Para comenzar a responder a esta pregunta quiero, primeramente, especificar los modos de relación entre acción y estructura en el análisis sociológico (a), para luego definir el concepto de emergencia con el que se evaluará, a partir de la sección siguiente, a los cuatro autores mencionados al inicio de este texto —Coleman, Parsons, Archer y Luhmann (b).

Especialmente la relación entre fundamento operativo y componentes dinámicos observada por medio de la distinción explanans/explanandum, es un buen punto de partida para dar cuenta de las formas en que se relacionan acción y estructura. Las posibilidades de relación son, en principio, tres: 1) si a nivel del explanans la distinción acción/estructura observa la estructura como un epifenómeno de la acción en el explanandum, esto deberá reflejarse en teorías parciales inductivas centradas en la interacción de los componentes. 2) Si por el contrario en el explanans se enfatiza la dependencia de la acción respecto de las estructuras, en el explanandum prevalecerán teorías parciales deductivas basadas en la capacidad a la vez orientadora y restrictiva del nivel macro sobre el micro. 3) Finalmente, si el explanans parece cercano al juego mutuo de acción y estructura, en el explanandum se observará una relación dialéctica entre ambos que tenderá a disolver la autonomía de uno y otro lado. Margaret Archer (1997), ha denominado correlativamente a estos modelos como conflacionismo ascendente, conflacionismo descendente y conflacionismo central. Por conflacionis-

mo entiende la anulación del carácter autónomo de la acción, de la estructura o de ambas, es decir, la integración —y con ello pérdida o fusión— de la autonomía de la acción en la estructura, de la autonomía de la estructura en la acción, o de ambas en un tercer elemento, como sucede con las prácticas sociales en Giddens. Para hacer frente a esta problemática, Archer ha propuesto un cuarto tipo de relación, la dualista-morfo-genética, que mantiene la autonomía de acción y estructura tanto a nivel del explanans como del explanandum y explica lo social como emergencia.

Empleando el concepto de cultura en lugar del de estructura, Archer define los dos primeros tipos de relación (conflacionismo ascendente y descendente) del modo siguiente: “En un caso las propiedades culturales simplemente son formadas y transformadas por algún grupo dominante libre de trabas o puestas a merced de caprichosas renegociaciones por una agencia irrestricta. En el otro, algún código cultural o sistema central de valores impone su coreografía a la vida cultural y los agentes se reducen a *Träger* o portadores de sus propiedades, ya sea a través de la socialización excesiva o de la mistificación” (Archer 1997: 13). En ambos casos se puede hablar de epifenomenalismo: de la estructura respecto de la acción, o de la acción respecto de la estructura. En la tercera posibilidad, el conflacionismo central, “la elisión se produce en el ‘medio’. Lo que pasa en este caso es que se niega autonomía tanto a las ‘partes’ como a la ‘gente’, cosa que tiene precisamente el mismo efecto de excluir todo examen de su juego recíproco” (Archer 1997: 13), pues las propiedades de uno y otro lado de la distinción se entremezclan haciéndose indistinguibles.

Para escapar de los callejones sin salida del epifenomenalismo y de la evasión de la autonomía de la acción y la estructura, Archer propone una cuarta variante de análisis del juego recíproco de acción y estructura sobre la base de lo que denomina la secuencia morfo-genética: “el Sistema Cultural antecede lógicamente a la(s) acción(es) sociocultural(es) que lo transforman; y que la Elaboración Cultural es lógicamente posterior a esa interacción” (Archer 1997: 22). En este modo de abordar el problema, acción y estructura conservan su autonomía. A ello denomina Archer emergencia: “Emergencia significa que las dos son analíticamente separables, pero puesto que estructuras dadas y agentes dados ocupan y operan en diferentes corredores de la dimensión temporal, ellos son por tanto distinguibles uno de otro” (Archer 1995: 66). Como observaré más adelante sobre la base de estos antecedentes y con la guía de la pregunta por la emergencia, la teoría de J. Coleman se puede entender en lo fundamental como un conflacionismo ascendente que entiende la emergencia como epifenómeno, la de T. Parsons como una oscilación, en los distintos momentos de su teoría, entre una comprensión emergentista y otra conflacionista descendente, la de M. Archer como un emergentismo morfo-genético (con algunos problemas de conflacionismo central en el análisis de la acción) y la de N. Luhmann como emergentismo constructivista (con algunos problemas de conflacionismo descendente en el análisis de la evolución).



Puesto en términos claros, la tesis es que cualquier tipo de confluencia no logra dar cuenta ni de la autonomía de la acción y la estructura ni de la autonomía de los órdenes emergentes que puede llegar a observar, y por esto no están en buenas condiciones para captar la complejidad de la sociedad moderna.

(b) La ampliación de esta tesis requiere de la aclaración del concepto de emergencia. El empleo del concepto de emergencia está estrechamente relacionado con el análisis de sistemas complejos. Existen varias formas de examinar el problema de la complejidad, pero para el caso de las ciencias sociales, es la complejidad organizacional propia de la reflexión biológica y física la que ha obtenido una mayor expansión (Stewart 2001), como en los casos de Coleman, Morin, Archer o Luhmann —aunque una visión matematizada de la complejidad también puede ser apreciada en las posiciones de Coleman o en el campo de las teorías cognitivas de la complejidad (Phylyshyn 1984). Complejidad implica en todo caso irreductibilidad de la red de elementos y relaciones interactuantes. M. Vivanco lo reseña de modo claro: “en un sistema complejo, de la interacción entre elementos emerge un nuevo orden que imposibilita que este pueda ser descrito en función de sus partes constituyentes” (Vivanco 2007: 9). En las ciencias sociales esto se investiga a través de la “noción de la progresiva emergencia de sistemas disipativos lejanos al equilibrio, autopoieticos o autorregulados en un espacio evolutivo” (Stewart 2001: 327). Ello genera una dinámica no lineal cuyas interdependencias no pueden ser seguidas sistemáticamente hasta un origen. Los órdenes complejos son, por tanto, no predecibles, altamente contingentes y dinámicos. Precisamente este dinamismo es el que les permite estabilizar temporalmente determinadas estructuras con propiedades globales autónomas de sus constituyentes que son denominadas órdenes emergentes (Lewin 1995). Por emergencia hay que entender entonces “la existencia de propiedades que tienen poderes causales que son independientes de los poderes causales desde los cuales emergen” (Crane 2001: 1). Es decir, se postula que: a) ambos niveles mantienen una autonomía relativa, b) que tienen capacidad de influencia o irritación recíproca, y c) que a pesar de ello no se dejan reducir uno a otro.

La discusión contemporánea en ciencias sociales sobre este concepto es amplia (Archer 1995, Bashkar 1978, Stephan 1999, Fuchs/Hofkirchner 2005, Emmeche et al. 2000, Bedau 2000, Mihata 1997). Las distinciones propuestas para hablar de los tipos de emergencia son por tanto múltiples. K. Sawyer (2001), sin embargo, ha sugerido distinguir entre dos formas de emergentismo en sociología: los emergentistas individualistas y los colectivistas. Los primeros aceptan la existencia de propiedades sociales emergentes pero en su explicación las reducen a las relaciones individuales; los segundos aceptan la existencia autónoma de los componentes individuales y de la acción pero entienden a la vez que los fenómenos sociales complejos no pueden ser reducidos a los primeros en tanto muestran también propiedades autónomas.

Si bien la distinción de Sawyer entrega una guía para el ordenamiento del campo, pareciera que ella incluye en el concepto de emergencia más de lo que debiera. El emergentismo individualista opera siempre con una concepción de génesis de la emergencia que difícilmente puede explicar las propiedades autónomas del nivel superior. La clave aquí está en la idea de *causalidad superviniente*. En el caso de algunas teorías del emergentismo colectivista, la situación es similar aunque con signo contrario: el nivel superior determina las propiedades del inferior. En este caso, el concepto clave es el de *causa submergente*.

Para los emergentistas individualistas las propiedades de lo que llaman ‘nivel emergente’ están directamente relacionadas a los movimientos del nivel inferior. Esto es lo que explican mediante el concepto de *causa superviniente*: “Si una serie de componentes del nivel inferior con un conjunto dado de relaciones causa una propiedad *E* en el nivel superior, entonces en cada ocasión en que la misma serie de componentes en el mismo conjunto de relaciones tenga lugar, *E* emergerá nuevamente” (Sawyer 2001: 556). Es decir, el enfoque presupone un reduccionismo radical que atribuye la dinámica del nivel superior al inferior —como en el caso de las teorías de *rational choice*. Algo similar sucede cuando se postula que el nivel superior tiene una relación de causalidad eficiente con el inferior. En este caso se trata de una causa submergente, que escapa a la conciencia (*out-of-awareness*) de los involucrados, “pero controlando cada acción visible del intérprete” (Katan/Straniero 2003: 132). Igualmente se presenta aquí un determinismo fuerte de los estados de un nivel por la acción del otro, como en las ideas de *exterioridad* y *coerción* de Durkheim (Sawyer 2002), o en el Parsons de *El sistema social*.

Bajo los términos descritos aquí, difícilmente se puede hablar de emergencia en los casos mencionados. El uso del concepto es más bien nominal (Bedau 2000), en el sentido de que algo surge y está unívocamente vinculado a otra cosa. Sin embargo, si un orden emergente supone autonomía, entonces no existe tal emergencia cuando se trata de una causalidad determinista (eficiente), sea de tipo superviniente o submergente. En esos casos tiene lugar más bien un conflagacionismo ascendente o descendente.

La reflexión sobre las ideas de emergencia y complejidad ha sido liderada en las últimas décadas por las teorías cognitivas. El problema ahí es la distinción entre las propiedades del cerebro y la emergencia de la mente, es decir, entre una realidad física y otra no-física. En este contexto puede parecer plausible una correlación tan estricta entre niveles, aunque ella también ha sido discutida por las teorías de la *embodied cognition* (Varela et al. 1991; Varela 1990; Valsiner 1998; Clark 1999; Wilson 2002). Frente a la distinción acción/estructura en sociología la problemática basal tiene que ser redefinida. En este sentido, en lo sucesivo quiero hablar de emergencia sólo cuando los niveles desde los que surge lo social mantienen propiedades autó-



nomas no reductibles a otros niveles con los que, sin embargo, evidencian relaciones de acoplamiento y mutua influencia causal. Por influencia causal no entiendo causas eficientes o deterministas, sino irritaciones de un nivel sobre otro que pueden o no ser aceptadas, dependiendo de si caen dentro de los límites de variabilidad definidos por la autonomía de cada nivel. Sólo en este sentido se pueden entender sociológicamente de manera no reduccionista las relaciones de *upward* y *downward causation* (Mascareño 2007b, 2008b).

Parece plausible hablar entonces de una emergencia de lo social donde acción y estructura se relacionan no linealmente de manera contextual en los casos de Archer y Luhmann y el Parsons de *La estructura de la acción social*. Pero también parece haber espacio para pensar en modelos en los que las estructuras tienen poderes causales determinantes — de tipo submergente — sobre la acción (como parece surgir del caso de Parsons en *El sistema social*), y otros en que lo que se afirma emergente, en realidad no lo es, sino que se entiende como una causalidad superviniente que reduce la estructura a la acción (como parece ser el caso de Coleman). Esto es lo que deberá constatar en el siguiente análisis de estos cuatro autores.

III. James Coleman: complejidad reduccionista y causalidad superviniente

En su fundamento operativo, la teoría de Coleman presupone una distinción entre sistema e individuo, que se traduce explícitamente en una distinción entre estructura y acción en los componentes dinámicos. Pero no existe un supuesto ontológico dualista acerca del mundo. Pues basado en el modelo todo/parte, Coleman afirma que la conducta del sistema se entiende como una resultante de la conducta de sus componentes: “es natural iniciar las explicaciones del sistema de conducta comenzando por el nivel en el cual las observaciones son hechas, para entonces ‘componer’ o ‘sintetizar’ la conducta sistémica a partir de las acciones de esas unidades” (Coleman 1994: 3). En tal sentido, sólo los individuos existen independientemente; el sistema es una agregación. Las relaciones de feedback entre acción y estructura no son vistas explícitamente como relaciones micro-macro o macro-micro, sino más bien como “interdependencias entre las acciones de diferentes actores” (Coleman 1994: 28). Es decir, cuando se trata de dar cuenta de las constricciones que sufre la acción, se recurre finalmente a otras acciones y no a las propiedades autónomas del sistema como orden emergente.

Es precisamente esta negación de autonomía a las propiedades del sistema lo que se puede calificar como conflagración ascendente: las propiedades del nivel superior se reducen a las propiedades constitutivas del nivel inferior en términos de una cau-

salidad superviniente. Coleman declara su nivel sistémico como emergente, pero en el momento de la explicación su existencia y operación se interpreta como interacción del nivel inferior. En tal caso, no hay emergencia como orden con propiedades autónomas no reductibles. Esto puede explicarse por otro supuesto (cuasi metafísico) de Coleman que está a la base de su individualismo metodológico: el carácter intencional de la acción orientado a la maximización de utilidades. Coleman emplea este supuesto como un principio epistemológico básico de su fundamento operativo en el sentido que la acción de otro es tan ‘intencional’ como la acción de escribir una teoría de la acción. Esta unidad fundamental de la intencionalidad implica que “entendemos las ‘razones’ del porqué las personas actúan en una cierta manera, con lo que decimos que entendemos el objetivo buscado y cómo las acciones son vistas por el actor en cuanto a su contribución a tal objetivo” (Coleman 1994: 13). Si sólo los actores pueden tener intencionalidad y no el sistema, entonces el nivel estructural no puede mostrar propiedades autónomas, y el problema de la complejidad social y sus niveles emergentes queda reducido a la capacidad de la acción intencional. No existe realmente un orden emergente complejo sin intencionalidad para Coleman. De hecho su definición de relaciones sociales complejas es algo *sui generis*: en las relaciones simples los incentivos a la relación están autocontenidos en la relación; en las complejas los incentivos deben ser aportadas desde fuera (desde otros sistemas de acción). Con ello se obtiene un resultado intermedio paradójico: las relaciones simples son autoproducidas, las complejas se ponen en marcha por una especie de interruptor activado por un tercero, lo que al menos recuerda la idea de máquina trivial de von Foerster (2003).

De cualquier modo, Coleman emplea recurrentemente el concepto de emergencia o estructuras emergentes para indicar los resultados de la acción. En el análisis de sus componentes dinámicos esto es visible, por ejemplo, en las normas de voto. Para Coleman, los actores disponen de derechos de control sobre su acción (votar o no votar). Puesto que hay un interés positivo en la realización de la votación, pero negativo en la acción de votar, la acción de cada uno tiene externalidades sobre los otros. El interés en la realización de la votación implica entonces una transferencia general de derechos de control sobre la propia acción (la votación no tiene lugar sin la votación de muchos); a cambio se recibe una porción mínima de derechos de control sobre la acción de cada uno de los otros actores: “Esto constituye (...) la emergencia de una norma conjunta” (Coleman 1994: 291). Visto en estos términos, la norma o estructura de voto (*explanandum*), es plenamente dependiente de la acción. Como estructura, carece de propiedades autónomas independientes de sus constituyentes, por lo que su emergencia no posee fuerza causal para establecer restricciones a la acción (conflacionismo ascendente).

De esta forma, el análisis de Coleman parece ser demasiado unilineal cuando se trata de constelaciones altamente complejas o de estructuras normativas estabilizadas. Al



reducir las estructuras a la interrelación de acciones basadas en un principio de maximización de utilidades, la estructura (sea normativa o institucional) es plenamente *ad-hoc* a la intencionalidad de los actores, no logra construir un escenario que se mantenga en pie cuando los actores duermen, como lo hacen por ejemplo el concepto de latencia en Parsons, el mecanismo de estabilización evolutiva en Luhmann o los ciclos morfológicos de Archer.

Una razón teórica posible para este tipo de construcción, puede estar en los componentes performativos de la teoría de Coleman: una explicación basada en las acciones del nivel inferior es más útil para la intervención que una que permanece en el nivel superior. El criterio es entonces pragmático: “Aun en el caso que una intervención sea a nivel del sistema, tal como un cambio de políticas hecho por el gobierno de una nación, su implementación debe tener lugar regularmente en los niveles inferiores, y esa implementación es lo que determina las consecuencias para el sistema” (Coleman 1994: 3). Coleman es al menos consecuente al poner sus intenciones como base de la estructura teórica, pero no parece atribuir importancia al hecho que un cambio de estructuras complejas se sustenta no sólo en las acciones presentes sino también en las pasadas y en las expectativas del futuro de todos los individuos, organizaciones y estructuras normativas e institucionales a las que ese cambio afecta. Si la interdependencia entre ellas es la clave de una sociedad compleja entonces la sola referencia al nivel inferior como explicativo del cambio y la intervención es más bien subcompleja.

IV. Talcott Parsons: emergencia, conflacionismo and back

El análisis de Parsons en lo relativo al vínculo entre acción y estructura en los términos que aquí lo hemos propuesto, es dependiente del período de su pensamiento que se tome como referencia. Observar al Parsons de *La estructura de la acción social* (original de 1937) es distinto a hacerlo desde *El sistema social* (original de 1951), y más distinto aún respecto del período posterior caracterizado por el esquema AGIL y los medios de intercambio simbólicamente generalizados (este ya se inicia en 1953 con los *Working Papers*). Esto, de cualquier modo, no significa decir que se trata de tres teorías distintas. Algo común subyace incluso cuando Habermas, por ejemplo (1990), trata de presentar la evolución de Parsons como una constante tensión entre: “un programa ‘acción social’ en la tradición idealista y otro ‘sistema social’ en la tradición positivista” (1990: 284). En esta tensión se va imponiendo progresivamente el segundo programa, sin embargo, la idea de acción nunca se pierde por completo. Luhmann en tanto enfatiza su continuidad mediante la fórmula ‘acción es sistema’: “No sé si esa frase se pueda encontrar en los trabajos impresos de Parsons. Yo la conozco como expresión hablada, pero me parece y me pareció siempre la quinta

esencia del mensaje parsoniano. ‘Action is system!’ En un juego bastante común se le pide a los teóricos expresar la quintaesencia de su teoría en una frase. Si a Parsons se le hubiera preguntado esto, habría tenido que contestar —así creo yo— ‘Action is system’” (Luhmann 2006: 18-19). A estas continuidades observadas por Habermas y Luhmann se podría agregar una tercera: la distinción acción/estructura está siempre presente en su formulación, sea como acción de un actor, como sistema de acción o como estructuras normativas o estabilizaciones funcionales.

Si bien entonces no sería adecuado hablar de discontinuidades en el desarrollo teórico de Parsons, los momentos señalados al inicio introducen de todos modos variaciones en la forma en que se observa la relación acción/estructura. En los términos que hemos descrito en estas páginas, se puede expresar la hipótesis siguiente: en la transición de *La estructura de la acción social* a *El sistema social*, hay un cambio de énfasis en el ordenamiento de algunos de los elementos centrales del fundamento operativo. Se pasa de una articulación equilibrada entre acción y estructura en la primera de estas obras, a un énfasis en la capacidad causal de la estructura sobre la acción. Puesto en otros términos, Parsons transita de una concepción emergentista en *La estructura de la acción social* a una conflacionista descendente (causalidad submergente) en *El sistema social* (a). Así también, en el tránsito de *El sistema social* al planteamiento del esquema AGIL se produce la introducción de un nuevo elemento en el fundamento operativo que revitaliza la idea de autonomía de los niveles sistémicos emergentes (social, acción, condición humana). Este nuevo elemento es la idea de problemas funcionales (b).

(a) Desde el título de su obra se puede entender cuál es el programa de Parsons en *La estructura de la acción social*: asociar integrada e interdependientemente acción y estructura para interpretar la idea de sistema de acción como un orden emergente de la relación entre ambos términos. Esto es lo que puede entenderse como la unidad de los sistemas de acción. En el fundamento operativo de esta opción teórica, el componente básico descomponible es el *unity act*. Éste supone un actor o agente con un determinado propósito (fin) que opera en una situación compuesta de elementos sobre los cuales el actor tiene control (medios) o no lo posee (condiciones) (Parsons 1968). Las condiciones remiten a elementos concretos del ‘mundo externo’, sean físicos, biológicos hasta reglas institucionales. Pero incluso en aquel espacio de control, el actor está sujeto a orientaciones normativas, esto es, “a modelos que el actor y otros miembros de la misma colectividad estiman deseables [...] no hay algo tal como la acción, excepto como esfuerzo para ajustarse a normas” (Parsons 1968: 118-119). Es decir, en la situación, el propio espacio que el actor puede controlar —la selección de medios— viene controlada por los modelos normativos a los cuales los actores se ajustan y que por tanto les son preexistentes.

Visto entonces sintéticamente, la distinción básica del fundamento operativo en *La estructura de la acción social* es la distinción entre acción y situación: la primera remite



al actor concreto y su agencia como selección de fines, la segunda a una dimensión estructural no controlable en última instancia. La pregunta es entonces cómo surge de todo esto un sistema de acción. En términos simples un sistema de acción se constituye por los *unity acts* y de las “varias combinaciones objetivamente posibles de estas unidades en estructuras cada vez más complejas” (Parsons 1968: 894). La comprensión del concepto de complejidad de Parsons es altamente actual, aunque con medios antiguos: emplea la categoría de propiedad orgánica para indicar que el sistema de acción no es una simple sumatoria de *unity acts*: “Porque se ha mostrado que los sistemas de acción tienen propiedades que sólo se manifiestan a un cierto nivel de complejidad en las relaciones recíprocas entre los actos unidad” (Parsons 1968: 896). Parsons critica en este sentido lo que llama las teorías atomistas (de las cuales Coleman podría ser una versión contemporánea), pues ellas: “No pueden hacer justicia a propiedades, tales como la racionalidad económica, que no son propiedades de la ‘acción como tal’, o sea de los actos unidad aislados o de los sistemas atomísticos, sino sólo propiedades de los sistemas orgánicos de acción más allá de un cierto grado de complejidad” (Parsons 1968: 898). Ese ‘cierto grado de complejidad’ es lo que puede denominarse el nivel de emergencia, “que designa las propiedades generales de los sistemas complejos de fenómenos, que son, en sus valores concretos, empíricamente identificables, y que cabe mostrar por análisis comparativo, que varían, en estos valores concretos, independientemente de los demás” (Parsons 1968: 908).

La nombrada racionalidad económica pero también la integración de valores son ejemplos que Parsons entrega de estas propiedades que no se observan en el nivel inferior del *unity act*, sino sólo en el nivel superior del sistema de acción. Puesto en los términos que aquí se han empleado, se trata de propiedades autónomas del nivel superior que, vistas desde el modelo parsoniano, pueden entenderse como elementos de la situación de acción, específicamente como condiciones institucionales de operación o estructuras normativas. Si esto es así, y si la situación de acción establece rangos de libertad a la acción pero no especifica la selección de determinados fines o medios en los actores, entonces el sistema de acción evidencia propiedades emergentes, es decir, un nivel superior que se relaciona con el inferior de manera no lineal aunque estableciendo contextos de variabilidad que constriñen a este último. En los términos de Archer, esta modalidad escapa a las categorías de confluencia ascendente, descendente o central, y se deja entender de buen modo como emergentismo morfo-genético, en el sentido de una interdependencia temporalizada entre acción y estructura (entre actor y situación) que hace surgir el sistema de acción.

En el tránsito hacia *El sistema social* (original 1951) esta equilibrada interdependencia entre acción y estructura condensada en el sistema de acción se pierde, porque a nivel del fundamento operativo se produce un desplazamiento del centro de gravitación hacia la fuerza causal de la estructura. Esto no excluye al actor — ni la terminología actor/situación — pero la capacidad del actor de mover hilos en el escenario del sistema de acción, sea como selección de medios o de fines, se ve fuertemente res-

tringida por tres macro-órdenes: el sistema social, el sistema de la personalidad y el sistema cultural (Parsons 1966). Ninguno de ellos es reductible al otro y cada uno es indispensable para los otros dos; sus propiedades no pueden ser derivadas mutuamente sino, tanto ahora como antes, del marco de referencia de la acción respecto del cual muestran obviamente propiedades autónomas de carácter emergente, pero ahora, a diferencia de 1937, la fuerza causal descendente es de tal masividad que cada rasgo del actor debe ser interpretado como un rendimiento de una de las tres estructuras respectivas. Esto constituye claramente lo que Archer ha denominado un confluencia descendente, que reduce la acción a las definiciones estructurales, es decir, un orden que no deja espacio para la autonomía del nivel inferior. Esta absorción de la acción tiene lugar en las estructuras de los tres sistemas. Quiero mostrar esto por medio de características que Parsons parte por atribuir al actor, pero que a poco andar quedan subsumidas en las estructuras sistémicas (causalidad submergente).

Los actores — dice Parsons — disponen ahora de expectativas que “pueden encontrarse estructuradas sólo en relación con las propias disposiciones de necesidad del ego y con las posibilidades de gratificación o deprivación dependientes de las diferentes alternativas de la acción que el ego pueda emprender” (Parsons 1966: 25). Esto genera una reacción en alter que debe poder anticiparse pues afecta a las selecciones de ego (doble contingencia). Esta anticipación es dependiente de signos y símbolos que organizan las expectativas y que permiten la comunicación entre actores. La interrelación de ellos acontece en un sistema simbólico que es llamado cultura, el que “entra a ser parte de los sistemas de acción de los actores relevantes” (Parsons 1966: 25). Es decir, lo que en un principio son expectativas ‘sólo dependientes de las disposiciones de necesidad de ego’, aparecen posteriormente predefinidas en el sistema cultural bajo la forma de una interrelación de signos y símbolos, los que *entran* de modo submergente en el nivel inferior.

Algo similar sucede en relación a la personalidad. La orientación motivacional y sus tres componentes básicos (cognitivo, catético y evaluativo) están ya contenidos en las expectativas culturalmente estructuradas, pero además tienen que organizarse en el nivel del sistema de la personalidad: “En este sentido, tratamos de estructuras más concretas que son concebidas como productos de la interacción de los componentes de necesidad genéticamente dados con la experiencia social” (Parsons 1966: 29). Los ‘componentes de necesidad’ son las necesidades de gratificación de ego a partir de la acción de alter, las que a nivel de la personalidad se integran por dos vías: lo que Parsons llama consistencia de pauta y “la adecuación funcional del equilibrio motivacional en una situación concreta” (Parsons 1966: 36). Es decir, motivaciones y expectativas están en gran medida previstas e integradas en las estructuras culturales y de personalidad (en gran medida y no totalmente, pues la integración nunca es perfecta, lo que abre espacio para la conducta desviada).



Si dos rasgos que parecen en principio propios de actores – como la expectativa y la motivación – son respectivamente funciones del sistema cultural y del sistema de la personalidad, otro rasgo en apariencia constitutivo del actor – sus modos de participación en la interacción social – son fuertemente controlados por el sistema social bajo su aspecto posicional y procesual, es decir, por medio de la definición de status y roles. Dice Parsons: “Es necesario dejar en claro que status y roles, o el conjunto status-rol, no son en general atributos del actor, sino unidades del sistema social” (Parsons 1966: 44). El actor entonces ya no puede ser definido autónomamente como en 1937 (selección de medios y fines en una situación), sino que ahora, producto de la fuerza causal de las estructuras sistémicas, debe entenderse alternativamente como un conjunto compuesto de status y roles cuando se le mira desde el sistema social, como un entramado de significaciones cuando se le observa desde el sistema cultural y como un equilibrio motivacional funcionalmente integrado cuando la posición de observación es la del sistema de la personalidad.

Esta transición desde el emergentismo hacia un conflacionismo descendente, supone un cambio en el fundamento operativo desde una concepción ontológica dualista de actor y estructura (normativa, institucional) a una tridimensional compuesta por personalidad, sistema social y sistema cultural, con el actor disuelto en la complejidad de las interrelaciones sistémicas. Se traslada el énfasis del explanans desde el sistema de acción a la descripción de los tres sistemas descritos, con lo que varía también el explanandum. El concepto de sistema de acción, no obstante, sigue apareciendo, pero como una categoría residual y agregativa de cultura, personalidad y sociedad. Epistemológicamente, el realismo analítico del primer momento se combina con un mayor énfasis positivista que se observa por ejemplo —a nivel de los componentes dinámicos— en la formalización de los criterios normativos de la primera fase en términos de *pattern-variables* y en la formulación, que anuncia la fase siguiente, de los prerrequisitos funcionales.

(b) En el Prefacio a *El sistema social* ya Parsons intuía que se iba a retractar de lo dicho: “El desarrollo de las ideas teóricas ha progresado tan rápidamente que una diferencia de pocos meses e incluso semanas puede llevar a cambios importantes [...] El lector puede encontrar, en general, una coherencia que no es perfecta. Creo que es mejor correr este riesgo y publicar este libro, que seguir revisándolo indefinidamente. De este modo puede beneficiarse de la crítica, y dentro de un tiempo relativamente corto intentar una revisión. Es de esperar que esa revisión en – digamos – cinco años llevará a cambios sustanciales” (Parsons 1966: 20). Antes de dos años la revisión ya se había iniciado en los *Working Papers* (original 1953), con lo que comenzó el período de transición hacia el esquema AGIL. Lo que aquí se produce es una reorientación fuerte del fundamento operativo a partir de cuatro problemas funcionales descritos por R. Bales (1950) para pequeños grupos: la adaptación a condiciones externas (que luego deriva en *Adaptation*), el control instrumental sobre tareas orientadas a

metas (llamado ahora *Goal attainment*), la integración de ellos como miembros de una comunidad solidaria (*Integration*) y la expresión de sentimientos y tensiones de los miembros del grupo (que se amplía posteriormente a la idea de *Latent pattern maintenance*) (Parsons et al. 1970: 178).

El paso a esta perspectiva funcional tiene al menos cuatro consecuencias para la arquitectura teórica parsoniana. Primero, se flexibiliza el fundamento operativo al hablar de funciones antes que de estructuras sistémicas. Segundo, mediante la configuración AGIL se universaliza el explanans en base a dos distinciones: referencia al entorno/referencia al sistema vs. instrumental/consumatorio. La distinción referencia al entorno/referencia al sistema tiene una base espacial, la distinción instrumental/consumatorio tiene, por su parte, una base temporal. De su combinación emerge el AGIL (entorno-instrumental: A, entorno-consumatorio: G, sistema-consumatorio: I, sistema-instrumental: L). Esto permite dar cuenta de la relación de microcosmos y macrocosmos (un esquema AGIL sobre o bajo otro) (Parsons et al. 1970: 181), lo que a su vez conduce a múltiples variaciones de los componentes dinámicos en función de la aplicación del esquema. Tercero, se puede hablar de tres órdenes emergentes: el sistema social, que cumple la función de integración del sistema general de la acción; el sistema general de la acción, que realiza la función de integración de la condición humana; y la propia condición humana como observación universal de los entornos de lo social. Cada uno de ellos con propiedades autónomas y mecanismos de interrelación. Cuarto, la complejidad social y sus entornos quedan mucho mejor comprendidos que en el modelo de 1951, no sólo por el énfasis funcional que relativiza la estaticidad de las estructuras, sino también por las relaciones de interpenetración entre los espacios funcionales a través de medios de intercambio simbólicamente generalizados y por la universalidad del explanans, el esquema AGIL —un algoritmo replicable a distintos niveles.

El problema acción/estructura en tanto, puede ser entendido de dos modos. Si se adopta la perspectiva de 1937 en que el actor selecciona fines y medios dentro de una situación y se confronta con la que comienza a surgir en los *Working Papers*, la situación, observada a través de las cuatro categorías funcionales, muestra una mayor influencia causal sobre la acción que mantiene el diagnóstico de conflagración descendente para las estructuras que cumplen tales funciones. La misma conclusión puede obtenerse del diagnóstico de Habermas (1991) respecto de la ausencia de un espacio hermenéutico como el mundo de vida en este último Parsons: sin aquel, prevalece el sistema y no la acción.

Sin embargo, si se entiende el sistema general de la acción como sistema integrado, sus estructuras (organismo conductual, sistema de personalidad, sistema social y sistema cultural) establecen una relación de interdependencia con los componentes del sistema social, es decir, se interpenetran “a través de la interacción de los individuos humanos” (Parsons 1974: 20). Esta interpenetración, sin embargo, no disuelve las



propiedades de los niveles sistémicos y tampoco determina estados ni en el sistema general de la acción ni en el sistema social, en tanto ambos conservan altos grados de autonomía relativos al cumplimiento de sus funciones diferenciadas. Esto es lo que Parsons implica mediante el concepto de relaciones cibernéticas en términos de energía que fluye desde las estructuras de adaptación para la operación del sistema e información proveniente del mantenimiento de patrones para su control (Parsons 1974). Siendo las cosas así, nuevamente parece apropiada aquí la categoría de emergencia para caracterizar la propuesta basada en el AGIL: los niveles emergentes del sistema general de la acción y el sistema social operan paralelamente pero en registros espaciales y temporales distintos. Se enfrentan a distintos sistemas y distintos entornos y ponen en práctica la distinción instrumental/consumatorio con expectativas diferenciadas.

Una última precisión puede ser hecha en relación a los componentes performativos en la teoría de Parsons y su vínculo con la complejidad social. Uta Gerhardt (2002) ha llamado la atención sobre la relación de los momentos teóricos de Parsons con acontecimientos históricamente relevantes del siglo XX (véase también Chernilo 2007b). En *La estructura de la acción social* Parsons habría reaccionado, por un lado, al alto utilitarismo que desembocó en la crisis de 1929 y al decaimiento de la República de Weimar, y por otro, al particularismo normativo asociado al ascenso del nazismo. Su propuesta teórica respondía a ambas cosas con un equilibrio emergente entre la acción orientada a fines y un marco normativo que permitiera una amplia libertad de selección de fines y medios. En *El sistema social*, la preocupación habría sido dar cuenta al mismo tiempo de cómo se construye un orden democrático y cómo se desfavorece el control totalitario post Segunda Guerra. Las *pattern variables* eran la respuesta: mientras la acción tendiera al universalismo, la especificidad, la neutralidad afectiva y el logro, el orden social podría abrirse a un ordenamiento democrático; si por el contrario la acción tendía al particularismo, la difusividad, la afectividad y la adscripción había alto riesgo de totalitarismo. El esquema AGIL y sus medios de intercambio simbólicos en tanto, eran la representación de una sociedad democrática, autosuficiente, descentrada y con mecanismos fluidos de interrelación entre sus partes y con sus respectivos entornos.

Si se aceptan los planteamientos de Gerhardt y se observa la trayectoria del siglo XX desde el punto de vista del desplazamiento de modelos políticos centralizados que limitan las posibilidades de diferenciación social y de individuación de la personalidad – es decir, que limitan el aumento de complejidad – entonces se puede también aceptar el carácter performativo de una obra de gran abstracción teórica como la de Parsons. Se habría tratado siempre de una defensa de la democracia como el modelo político más adecuado para una sociedad compleja, la defensa de una acción que busca autonomía en el marco de una estructura que precisa límites normativos, a veces más fuertemente, otras más indirectamente. Si esta tesis es plausible, entonces la

evolución de Parsons es un correlato del incremento de complejidad de la sociedad moderna.

V. Margaret Archer: tentaciones emergentes

El intento por esclarecer la relación entre acción y estructura sobre la base del concepto de emergencia, encuentra una clara exposición en el emergentismo morfogenético de Margaret Archer. El concepto de emergencia de Archer ha sido expuesto más arriba (sección II.a). Ahora puede ser ampliado en el siguiente sentido: a) las propiedades de un nivel son anteriores a las de otro porque el último emerge primero en el tiempo, b) las propiedades de cada nivel son autónomas y c) la autonomía implica influencias causales independientes que validan la existencia del nivel emergente (Archer 1995: 14). El adjetivo morfogenético se predica respecto de la secuencia temporal en que se interrelacionan acción y estructura. Ambas operan en diferentes líneas de tiempo en las que la estructura antecede a la interacción, la que transforma a la primera por medio de una elaboración estructural posterior a la interacción (Archer 1995: 76). Pero esta relación de transformación no es una relación de covariación total, pues estructura y agencia tienen propiedades emergentes, por tanto, conservan la autonomía de sus operaciones. Con ello Archer distingue su propuesta de cualquier modo de conflacionismo, sea ascendente (como el de Coleman, con una fuerte causalidad superviniente), descendente (como el de Parsons en *El sistema social*, con una fuerte causalidad submergente) o central (como el de Giddens en su teoría de la estructuración).

Distinguirse del conflacionismo central es algo más laborioso, pues se comparte con él la constitución mutua de estructura y agencia. La diferencia está en que el emergentismo morfogenético rechaza el contacto adhesivo de estructura y agencia pues en ese caso las propiedades autónomas de cada una se pierden. Sólo la determinación de una diferencia en la temporalidad de ambas logra distanciarlas. Un conflacionismo central es el caso de Giddens en su teoría de la estructuración, quien en su idea de prácticas (*praxis*) elide – es decir, desvanece o suprime – la autonomía de agencia y estructura porque ambas se presentan temporalmente simultáneas (Archer 1995, 1997). Algo similar sucede en Bourdieu, quien en su concepto de *habitus* elide la autonomía tanto de lo que denomina objetividad de la estructura como de la subjetividad de la acción (Aguilar 2008). Cuando esto sucede no hay emergencia, sino una conjunción indistinguible entre ambos momentos.

En el fundamento operativo de Archer hay por tanto una concepción ontológica del mundo estratificada en dos dimensiones que van por carriles temporales diferenciados: la acción y la estructura; y estratificada también dentro de cada nivel: personas, actores y agentes en la acción, sistema cultural y sistema sociocultural en la



estructura. Epistemológicamente esto se transforma en un dualismo analítico donde el mundo cumple un rol regulatorio en relación a la explicación: el explanandum (la ontología emergentista del mundo) gobierna la admisibilidad del explanans (el dualismo analítico). Ello genera teorías parciales (componentes dinámicos) que en su conjunto pueden ser entendidas como “una *historia* analítica de la emergencia de las propiedades problemáticas bajo investigación” (Archer 1995: 91), y entrega a nivel de los componentes performativos claros indicios que mueven a rechazar tanto el voluntarismo de la acción sobre la estructura como la sensación de inamovilidad estructural. Más aún: mediante el concepto de *persona* aporta un criterio orientador de la acción política (véase infra).

La propuesta de Archer eleva su vuelo elegantemente sobre las aguas turbulentas de la relación acción/estructura en sociología. Ello se debe fundamentalmente a que Archer no sólo se preocupa de analizar esta relación, sino también de diseñar un modelo para abordarla (cuyas distinciones fundamentales han sido empleadas en este texto). Su diferencia directriz es entre teoría conflacionista y no-conflacionista. En su reconstrucción, buena parte de la tradición sociológica comete los pecados de la primera —incluido un Parsons de tipo conflacionista descendente ajeno a las vacilaciones que hemos descrito más arriba. La propuesta de Archer en tanto viene a redimir esa tradición expiando el pecado conflacionista. La pregunta es ahora si no se cae en algunas tentaciones dignas de penitencia.

La concepción fundamental de Archer depende de una “visión ontológica estratificada del mundo social, de modo tal que las propiedades emergentes de estructuras y agentes son irreductibles la una a la otra” (1995: 66). Como formas generalizadas Archer muestra clara y convincentemente la dualidad ontológica de estructura y acción: si son emergentes entonces tienen propiedades autónomas, por tanto el mundo, en una epistemología realista, no puede ser sino visto de manera estratificada como estructura y acción.

Sin embargo, la atribución de emergencia no concluye ahí. En la estructura se puede identificar el nivel emergente del sistema cultural y del sistema sociocultural, ambos operando sobre el fundamento de la interacción como fuente de transformación (Archer 1997). En el nivel de la acción en tanto, hay una triple estratificación de lo que Archer llama el ‘modelo de gentes’ (*model of people*) (1995: 254). Se trata de personas, agentes y actores. Esta distinción no sería problemática si no se entendiera que personas, agentes y actores son órdenes emergentes (por tanto con propiedades autónomas irreductibles). Quiero centrarme primeramente en los agentes y los actores para luego abordar el nivel de las personas.

Agentes y actores derivan respectivamente de una *doble* y una *triple morfogénesis*. En la primera, los seres humanos se agrupan y reagrupan para contribuir a la reproducción o cambio estructural; en la segunda, los actores sociales son forjados por colectivi-

dades relacionadas con roles organizacionales. La doble y triple morfogénesis implica que al menos agentes y actores son estratos emergentes del estrato emergente de la acción. Archer lo dice con claridad: “Como estrato emergente, la agencia tiene poderes propios a sí misma” (1995: 259); y en relación a los actores: “El próximo estrato emergente concierne, de este modo, al actor social, el que emerge a través de la ‘triple morfogénesis’ en la cual la agencia condiciona (no determina) quién vienen a ocupar diferentes roles sociales” (1995: 275). Lo anterior implica que se está frente a niveles no sólo analítica, sino ontológicamente distinguibles. Es decir, la tentación de la emergencia conduce a ontologías estratificadas dentro de la ontología estratificada acción/estructura, lo que desemboca en la paradoja de un ser que afirma ser lo que es y otra cosa a la vez (persona, agente y actor son lo que son y además acción; sistema cultural y sistema sociocultural son lo que son y además estructura). Nuevamente esta distinción no sería problemática si la epistemología subyacente fuese, por ejemplo, la observación de segundo orden, en la que el ser depende de una distinción hecha por el observador. Pero no lo es. Es realista, y en la realidad no hay rostro de Jano.

Precisamente esta metáfora es la que emplea Archer para criticar la incapacidad del conflationismo de observar la emergencia. Pero la tentación emergentista en el nivel de la acción la lleva hacia un regreso *ad infinitum* y demasiado cerca del abismo conflationista. El primer nivel emergente del ‘modelo de gentes’ es la persona —alternativamente llamada ‘ser humano’. No hay un ciclo morfogenético para ellas, pero se puede intuir cuál es su génesis, pues bajo las personas hay más estratos: “tales como el nivel vinculante de la psicología individual o personalidad, el que emerge desde la ‘conciencia’, el que a su vez emerge de la ‘mente’, el cual emerge desde la ‘materia’ etc.” (Archer 1995: 254-255). No se podría decir que estos niveles pertenezcan a lo social, pero están en la base de la conceptualización de las personas, a las que sí se las ubica en el nivel general de la acción como un fundamento. En el modelo de Archer, ellas son relevantes en tanto los agentes y los actores permanecen anclados en las personas, son el sustrato general de una ‘humanidad común’ (1995: 280). Pero las personas no se constituyen morfogenéticamente en relación a las estructuras sociales preexistentes por la vía de la interacción. Son más bien una fuente de energía sin la intencionalidad que sólo puede proveer la agencia: “Si las personas suministran un potencial de actividad para los actores, entonces la agencia es un mediador necesario entre ellos para proveer de actividad con un propósito” (1995: 256). Este potencial de actividad proviene de lo que Archer llama el ‘sentido de sí mismo’ (*sense of self*) de las personas, el que les entrega un impulso de persistencia y progreso en el tiempo y sostiene la continuidad de la conciencia (1995: 282). Todo ello se forma presocialmente: “puesto que nos enfrentamos (en mi visión) con estratos emergentes, el argumento consiste en demostrar la relativa autonomía, pre-existencia y eficiencia causal de las personas humanas en relación a ellas en lo social” (1995: 285). Esto se demuestra por tres vías: adoptando una perspectiva neokantiana (específicamente la



idea de un *a priori* constitutivo), aceptando la presocialidad del cuerpo y mostrando las relaciones no sociales con objetos de la realidad no social. La conclusión es que el *sense of self* en su totalidad es un *a priori* desde el cual deriva el potencial de actividad para agentes y actores.

Ni las personas entendidas sólo como potencial de actividad ni la agencia como una instancia de mediación calzan muy bien con la idea de emergencia como nivel de propiedades autónomas. Es aquí donde la tentación emergentista comete el pecado de conflagración. Si son un potencial de actividad, las personas sólo llegan a existir cuando la instancia que emplea ese potencial se activa – es decir, cuando opera el actor – y desaparecerían concluida la acción. Actor y persona serían co-constitutivos y no órdenes emergentes de temporalidades distintas. Del mismo modo, si la agencia es un ‘mediador necesario’ entonces sus propiedades se constituyen en función de los otros dos términos (las personas y el actor). Habría aquí una covariación temporal persona-agencia-actor, un contacto adhesivo entre ellos, una co-constitución que deja el análisis de la agencia con un pie en el abismo conflagracionista.

El problema, sin embargo, no está en la emergencia misma, sino en la tentación emergentista de subdividir el nivel ontológico de la acción en la ontología de personas, agentes y actores, en vez de verlos como distinciones analíticas del explanans. Acción y estructura ciertamente pueden aparecer en la formulación de Archer como órdenes emergentes con propiedades autónomas, pero en una concepción realista no puede haber propiedades autónomas *dentro* de otras propiedades autónomas. Emergencia supone separación, diferenciación, no una arquitectura jerárquica de autonomías, pues si hay jerarquía, se elide precisamente la autonomía. Personas, agentes y actores son lo que caracteriza el orden emergente de la acción, pero si se ha optado por la dualidad ontológica de acción y estructura para entender lo social, una sucesiva división ontológica de ellas desestabiliza el fundamento operativo de la teoría. En tal caso, habría que optar: o se acepta una estratificación ontológica de múltiples niveles del mundo y se renuncia al dualismo ontológico acción/estructura, o se mantiene esta idea y se entienden los ‘subniveles’ como operaciones de la acción o de la estructura. Pero es fundamental resistir la tentación, si no la penitencia realista, como siempre, puede ser grande.

De cualquier modo, la teoría de Archer es, sin lugar a dudas, uno de los esfuerzos contemporáneos más sofisticados por captar la complejidad de la sociedad moderna y probablemente el más desarrollado en la descripción de los grados de autonomía de la acción en relación a las estructuras. Su aversión al reduccionismo superviniente o submergente y su compromiso teórico con el concepto de emergencia (a pesar de las tentaciones descritas), la sitúan en buen pie para captar la no linealidad de las relaciones sociales contemporáneas. E incluso, mediante el concepto presocial de persona, aporta el más importante rendimiento a nivel de sus componentes perfor-

mativos, esto es, un criterio claro y no cargado de presupuestos filosóficos útil para la acción política. En tanto lo que define a la persona es preexistente a lo social, ello permite juzgar si las condiciones sociales son o no deshumanizantes: “Sin este punto de referencia en las necesidades humanas básicas (i.e. aquellas que por su naturaleza los seres humanos deben tener para florecer, y distintas a las necesidades inducidas, cumplimientos y otras inclinaciones), se puede encontrar justificación para cualquier arreglo político, incluyendo aquellos que sitúan a algunos grupos más allá del cerco de ‘humanidad’. Por el contrario, lo que es distintivamente humano en relación a nuestras potencialidades impone ciertas constricciones a lo que hemos llegado a ser en sociedad, esto es, sin detrimento de nuestra personhood [personhood]” (Archer 1995: 288-289). El nivel emergente de la persona es resumido en la idea del potencial de concebir nuevas formas sociales. Cualquier política que limite este potencial es deshumanizante. Ello al menos entrega un criterio; lo que luego suceda en la sociedad depende de la morfogénesis entre acción y estructura.

VI. Niklas Luhmann: acción/vivencia y comunicación

La distinción acción/estructura no está explícitamente presente en el fundamento operativo de la teoría de sistemas autorreferenciales de Niklas Luhmann. Pero si la tesis inicial referida a su inmanencia en el desarrollo de la sociología es correcta, entonces ella debe encontrar aquí también aplicabilidad analítica. Luhmann distingue cuatro niveles emergentes: el sistema psíquico, el de interacción, los sistemas organizacionales y los funcionales. Todos ellos son sistemas de sentido, pero el primero se distingue de los demás en tanto opera sobre el mecanismo husserliano de la intencionalidad de la conciencia (Luhmann 2005b, 1985), mientras que interacción, organización y sistemas funcionales lo hacen sobre la base de la comunicación (Luhmann 1987). Porque lo social se define como comunicación, entonces los tres últimos son sistemas sociales; el primero, no. Se puede referir a él indistintamente como sistema de conciencia o como sistema psíquico.

Se está en presencia aquí de la atribución de una ontología estratificada al mundo social, pero ella no se basa en una epistemología realista, sino constructivista: “Por ontología se debe entender en lo sucesivo una determinada forma de observar y describir que consiste en la distinción de ser y no-ser [...] Para el modo de observación ontológico son válidas reglas generales – se puede quizás decir metaontológicas – del uso de la forma [...] Forma es la marca de una diferencia con la ayuda de una distinción que obliga a indicar uno u otro lado: el ser o el no ser de algo” (Luhmann 2005a: 17). La materialidad del mundo no se pone en duda, pero si la ontología radica en la observación, en especial en la observación de segundo orden como observación de múltiples observaciones, entonces la ontología del mundo es la que designa la obser-



vación: “La observación de segundo orden transmite un acceso universal al mundo. El mundo se transforma así en un metamundo de todos los mundos que se forman cuando los sistemas distinguen entre sistema y entorno” (Luhmann 2005a: 16). La ontología realista de Archer remite al mundo; la ontología constructivista de Luhmann al metamundo. Esto hace una diferencia entre ambas teorías en el fundamento operativo (distintos conceptos de ontología) y en los componentes performativos (distintas posibilidades de acción ‘en el mundo’), pero el resultado en los componentes dinámicos no es radicalmente diferente: ambas observan un mundo estratificado de órdenes emergentes.

Estos órdenes emergentes tienen en Luhmann igualmente propiedades autónomas descritas en lo que caracteriza a cada sistema: ser operativamente clausurados (es decir, procesar sus temas en base a las propias distinciones), cognitivamente abiertos (esto es, observar el entorno de acuerdo los criterios de relevancia internos), y no reductibles a otros sistemas pero vinculados a ellos por medio de mecanismos de acoplamiento estructural (es decir, se explican por sí mismos pero se coordinan con otros sistemas por sus rendimientos y prestaciones) (Luhmann 2007). Puesto que Luhmann no emplea operativamente la distinción acción/estructura en la construcción de su arquitectura teórica, y puesto que tampoco subyace a ella una epistemología realista, no tiene los problemas de recursión ontológica de niveles emergentes *dentro* de otros como los descritos para Archer. Este pecado al menos no lo comete. Los niveles de formación de sistema no se entienden contenidos unos en otros. Esto es precisamente lo que se logra al desechar la metáfora organicista todo/parte y situar en su lugar la metáfora del sistema cerrado, puesto en operación concreta a través de la distinción clausura operativa/apertura cognitiva y relacionado a otros por acoplamientos estructurales. Son estas características las que permiten al sistema construir su propia complejidad estructural: “en este contexto, se habla de órdenes emergentes, con eso quiere indicarse la irrupción de fenómenos que no pueden derivarse de las propiedades de sus componentes” (Luhmann 2007: 100). En tal sentido, la interacción no depende de la intencionalidad de los actores, tiene propiedades autónomas emergentes que la distinguen de otros niveles. Lo mismo sucede con la organización y con los sistemas funcionales. Pero dados los mecanismos de acoplamiento estructural, las estructuras en los tres niveles contribuyen mutuamente con prestaciones que se constituyen en condiciones de posibilidad de la emergencia de los niveles.

Por esto, tratar de solucionar el problema acción/estructura afirmando que sistema psíquico e interacción pertenecen a la primera y organizaciones y sistemas funcionales a la segunda sería demasiado simple, lineal y finalmente incorrecto. Puesto que no se entienden como niveles ontológicos del mundo, los conceptos de acción y estructura se pueden aplicar en todos los sistemas sociales. Contra la interpretación generalizada de Luhmann como una teoría en que las estructuras sistémicas sitúan la acción en un segundo plano (Schimank 1985; Izuzquiza 1989) y contra la crítica co-

mún hacia ella como un modelo de sociedad hipostasiado en la idea de sistema (Habermas 1971, 1989), quiero proponer aquí que en la teoría de sistemas, la acción está presente activamente en toda formación de estructuras: presente en la emergencia de la comunicación como segunda selección (conducta de notificación) y acto de enlace (a), en la teoría de los medios de comunicación simbólicamente generalizados en la distinción acción/vivencia de alter y ego (b), y en el proceso de evolución como fuente de variación evolutiva (c). Lo que resulta de ello es que la acción no sólo es indispensable como condición de posibilidad del sistema (lo que toda concepción estructuralista o funcionalista siempre estuvo dispuesta a aceptar), sino que también dispone de herramientas para orientarlo (d).

(a) Visto en el más alto nivel de abstracción, la emergencia de sistemas sociales tiene su ‘unity-act’ en la emergencia de la comunicación como proceso de selección de tres cifras: la selección de una información, un acto de notificación (hechas por alter) y la comprensión (llevada a cabo por ego). Conocida es la tesis luhmanniana de que la comunicación (y no la acción) es la operación básica de los sistemas sociales. Pero ¿cómo realmente debe entenderse esta operación? El propio Luhmann señala lo siguiente: “Veo el problema en el hecho que comunicación y acción no se pueden separar (aunque sí distinguir). Ellas forman una relación que debe ser entendida como la reducción de la propia complejidad. El proceso elemental que constituye lo social como realidad especial es un proceso de comunicación. Sin embargo, para poder conducirse a sí mismo, este proceso debe reducirse a y descomponer en acciones” (Luhmann 1987: 193). La operación de comunicación es el orden emergente con propiedades autónomas, pero la acción está en la base de este proceso.

La selección de información (lo que se quiere expresar, el tema de comunicación) es inicialmente materia de alter, pero para que alter pueda encontrar atención en ego, debe ‘actuar la información’. Esta segunda selección es un acto de notificación (*Mitteilung*), una acción hablada, escrita, simbólicamente expresada en un *hacer en el mundo*. Ego por su parte tiene que poder observar la conducta, atribuirle a alter e interpretar la información asociada a ella; debe distinguir entre la selección de información y el acto de notificación realizado por alter. Esto es lo que se conoce como doble contingencia de la comunicación: información y notificación “deben ser vistas y manejadas en ambos lados” (Luhmann 1987: 205). Ello presupone una diferencia temporal entre alter y ego y requiere de una estandarización (estructura, medios simbólicos) que anteceda a ambos y que permita la conectividad entre ellos por estar integrada en el horizonte significativo de alter y ego como trasfondo de sentido universalmente accesible (Luhmann 2005b). Pero puesto que el sentido sólo viene predefinido como un potencial de selección (y no como mundo de vida de evidencias apriorísticas en el sentido de Schütz), entonces no hay garantía que la comprensión de ego reconozca lo que alter tenía en mente en su acto de notificación. Por ello se requiere de la distinción de un nuevo acto selectivo: la aceptación



o rechazo del contenido informativo del acto de notificación de alter (o el rechazo del acto mismo si no parece contextualmente adecuado). El acto de aceptación o rechazo ya no forma parte de la síntesis de tres momentos (información, acto de notificación, comprensión), pero es central para que la comunicación siga adelante como diferencia de eventos comunicativos, sea que exista un rechazo (con lo que la comunicación continua como tematización del rechazo) o una aceptación (que despliega el tema de comunicación).

Por todo esto, la comunicación es un orden emergente. Dado que entre alter y ego hay una diferencia temporal y una diferencia operativa, y dado que las estructuras que los anteceden no garantizan la unidad de la comprensión, entonces la comunicación va constantemente definiendo sus propios estados, se conduce a sí misma a través de acciones: los actos de enlace y los actos de notificación. En la morfogénesis de su emergencia se encuentra entonces inevitablemente la acción. Por cierto esta no puede determinar el contenido de lo que se comunica, aunque puede intentar y lograr algún grado de control sobre el proceso (véase *d* para esto). La comunicación por su parte tampoco puede señalar cuál es la determinada acción que notifica una determinada información, sólo entrega posibilidades provenientes de la historia de comunicaciones anteriores (semántica), las que incluso la autonomía de la acción puede ignorar, innovando su repertorio (en los métodos pedagógicos o de investigación, por ejemplo). La comunicación puede ser definida entonces como una emergencia en los términos empleados en estas páginas: la relación entre acción y comunicación es no lineal, pero ambas están estructuralmente acopladas y se irritan mutuamente.

(b) El éxito de la comunicación es lo que se pone en juego con la aceptación o rechazo del contenido informativo. Para probabilizar este éxito Luhmann propone – a nivel de sus componentes dinámicos – su teoría de los medios de comunicación simbólicamente generalizados (dinero, poder, amor, verdad, validez jurídica, valores). La estructura de esta teoría se ha mantenido constante desde 1971 y en ella nuevamente se refleja la preponderancia de la acción. Tal estructura se basa en la doble contingencia vista aquí como posibilidad de vivencia y acción de alter y de ego. Tanto alter como ego pueden vivenciar y actuar. De la combinación de esas alternativas emergen cuatro constelaciones posibles en las que se distribuyen los medios: vivencia de alter-vivencia de ego, acción de alter-vivencia de ego, vivencia de alter-acción de ego, acción de alter-acción de ego (Luhmann 1971, 2005c, 2007).

Los medios pueden ser definidos como constelaciones significativas de selectividad coordinada que proveen expectativas complementarias, entendimientos comunes y temas determinables (Luhmann 2007). Como constelaciones de significado (y no simples términos o conceptos) los medios promueven el éxito de la comunicación a pesar de las diferencias operativas y temporales de alter y ego. Esto provee de una

estandarización útil para que, en el proceso de comunicación, el contenido informativo del acto de notificación de alter sea reconocible por ego. En esto consiste precisamente la selectividad coordinada que proveen los medios y su contribución al éxito de la comunicación.

A la base de esta estandarización se encuentran complejas secuencias, altamente interdependientes, de vivencia y acción de alter y de ego, desde las cuales – y según los campos específicos de problemas que se trate (políticos, económicos, jurídicos, íntimos, etc.) – emergen los medios de comunicación simbólicamente generalizados. Sólo a modo de ilustración de la complejidad de estas secuencias de vivencia y acción puede el lector intentar seguir su decurso: “Ego puede vivenciar que alter actúa. Ego puede vivenciar que alter vivencia que un tercero actúa. Ego puede vivenciarse a sí mismo como actuando y a la vez vivenciar que alter lo vivencia actuando. Ego puede vivenciar que alter se vivencia actuando y que a la vez vivencia que ego lo vivencia actuando, y que en referencia a esa co-vivencia estima necesarias determinadas acciones – por ejemplo la aclaración de intenciones –, que ahora sólo son comprensibles cuando ego comprende la combinación general de vivencia y acción” (Luhmann 2005b: 83). Sin la emergencia de los medios simbólicos, cada individuo concreto debería realizar estas anticipaciones (y otras más largas aún) en distintos campos, como lo hacen en un entorno limitado y altamente regulado los jugadores de ajedrez. En la sociedad, los medios simbólicos sintetizan estas secuencias y liberan a los individuos de las interminables cadenas de anticipación. Emergen para reducir la alta complejidad de ellas y para no tener que cargar a los individuos concretos con la necesidad de vivenciar, en cada oportunidad que alter actúa, la forma en que ego vivencia la acción de alter, o si ego vivencia que alter vivencia que ego vivencia que alter actúa. Para ello se habla de amor (o de dinero, o de poder, o de verdad científica) y ya se sabe más o menos cómo actuar o qué vivenciar; se habla de la política y ya se sabe más o menos qué esperar (para bien o para mal).

La introducción de este ‘más o menos’ no es retórica, pues los medios no predefinen los tipos específicos de vivencia y acción de alter y ego. No implican una causalidad submergente determinista. Primero, la comunicación puede fallar y abortarse porque ego no vivencia la acción de alter. Segundo, si es que vivencia la acción, ego puede optar por comunicar en referencia a otro medio (al recurrir a valores para descartar conocimiento científico, por ejemplo). Tercero, ego puede simplemente decidir situarse fuera de las posibilidades del medio (por ejemplo robar lo que regularmente se compra). Y cuarto, porque ego puede ampliar las posibilidades de vivencia y acción en el respectivo campo significativo del medio (por ejemplo explorar nuevas áreas de investigación o nuevas formas de arte). Es decir, las constelaciones emergentes de medios simbólicos operan también de modo no lineal sobre la acción y la vivencia, y a la vez son un resultado emergente de las relaciones de vivencia y acción entre ego y alter. Ambas siguen conservando su autonomía. Es otro ejemplo de la emer-



gencia luhmanniana, y un nuevo ejemplo de la relevancia teórica y operativamente real de distinguir vivencias y acciones en la base de las formaciones estructurales de los medios. De ello Luhmann concluye: “Es en relación con esta necesidad, y no primariamente en relación con una diferenciación preestablecida del sistema, que los medios se desarrollan como soluciones exitosas para los problemas de interacción, y que comienzan a organizar expectativas complementarias confiables, de manera que puedan ser simbólicamente representados, institucionalizados e integrados en la tradición cultural” (Luhmann 1998: 47). Sea cual sea el significado de ‘tradición cultural’, lo relevante es la asociación entre los problemas de interacción y la institucionalización en sistemas sociales de los medios simbólicos. Se trata de un orden que emerge de la interacción, que no es predefinido por ella y que no la define de regreso, aunque ambas conservan poderes causales (por cierto de influencia o irritación, no de determinación) la una sobre la otra.

(c) Siguiendo a Luhmann, la evolución es un proceso morfogenético de tres momentos lógicos situados en secuencia temporal: variación de estructuras, selección de variaciones y reestabilización estructural bajo la integración de la variación. La variación es una selección divergente que alcanza un nivel suficiente de significación; la selección es el proceso de reconocimiento de esa significación y compatibilidad por otras estructuras, y la reestabilización es el acoplamiento de rendimientos sistémicos generales a la nueva estructura (Luhmann 2007). Se pueden comunicar, por ejemplo, nuevos derechos humanos, pero entonces ellos deben hacer sentido a otras estructuras políticas y jurídicas para así ajustar esas estructuras a las nuevas formulaciones. En el marco de esta teoría de la evolución, quiero postular que la acción subyace a los dos mecanismos centrales de variación identificados por Luhmann: el rechazo y el conflicto.

Luhmann explícitamente subvalora la contribución de la acción en la evolución. Este sería un pecado conflacionista descendente con causalidad submergente, y, a la vez, muy distinto al emergentismo dual en la comunicación y en la teoría de los medios simbólicos. En palabras del autor: “Todavía hoy los teóricos de la acción argumentan – contra la teoría de sistemas o con la intención de complementarla – que para explicar el cambio de la sociedad debe recurrirse a la acción individual fuertemente motivada [...] en los sistemas sociales. Esto, sin embargo, no se sostiene con un análisis más exacto, y sobretodo con un mejor entendimiento de la individualidad de los sistemas psíquico-orgánicos” (2007: 360). Primero, no es necesario ser teórico de la acción para observar la contribución de la acción al cambio, como el mismo Luhmann lo hace en su teoría de la comunicación y de los medios simbólicos. Segundo, si se mantiene la ontología estratificada sistema psíquico, interacción, sistema social y funcional, entonces hay que distinguir entre acción y motivación individual: la primera se sitúa en el orden emergente de la interacción, la segunda permanece en el nivel del sistema psíquico. Tercero, los dos mecanismos de variación – rechazo

y conflicto – son ciertamente modos de comunicación, pero como cualquier comunicación, también se descomponen en acciones.

Tal como lo define Luhmann en su teoría de la comunicación, el rechazo, así como la aceptación, son actos de enlace que asocian y diferencian a la vez un evento comunicativo de otro, y que se pueden codificar lingüísticamente por un sí o por un no. La variación evolutiva se produce por un no en la comunicación: “a través de una comunicación que rechaza los contenidos de la comunicación” (Luhmann 2007: 363). El rechazo, por tanto, está inmerso en el proceso general de comunicación, el que a su vez emerge de la posibilidad de distinguir entre información y las múltiples acciones de notificación. Cuando una acción de notificación comunica rechazo y ese rechazo se amplifica en comunicaciones subsecuentes, emerge a nivel estructural una variación: “La variación, entonces, no es génesis espontánea de lo nuevo [...] sino reproducción divergente de los elementos del sistema” (Luhmann 2007: 364). Con ello se abre la puerta de una transformación social, siempre y cuando la variación se seleccione y se reestabilicen las estructuras sistémicas en base a esa variación.

Como la comunicación es un orden emergente, nada puede hacer pensar que el acto de notificación del rechazo determine qué estado adoptará el sistema en el tiempo; pero tampoco la variación tiene lugar ante sí. En su morfogénesis está incluida la acción como elemento descomponible de la comunicación. Lo mismo puede decirse del conflicto. A nivel comunicativo, el conflicto constituye un no a las formas establecidas con anterioridad. La variación emerge con el triunfo del no, es decir, con la manifestación del conflicto, lo que es la primera prueba de su validez y su capacidad de amplificación (Luhmann 2007: 368). Pero visto desde el plano de la relación de vivencias y acciones, un conflicto tiene lugar cuando ego vivencia que la acción o la vivencia de alter no se corresponden con la expectativa formulada en la comunicación. Es decir, cuando la expectativa se decepciona. Los conflictos entonces pueden representarse de distintas maneras. Si la expectativa es cognitiva, entonces ego aprende de la decepción de su expectativa y se soluciona el conflicto. Si la expectativa es normativa (es decir, si se resiste al aprendizaje y se mantiene a pesar de la decepción), entonces los conflictos escalan especialmente hacia la constelación acción de alteración de ego en el esquema de los medios simbólicos, esto es, hacia la constelación significativa del medio poder: “El poder se instituye como médium porque duplica las posibilidades del actuar. Al curso pretendido por alter se contraponen otro que ni alter ni ego desean (aunque para alter es menos desventajoso que para ego), a saber, la imposición de sanciones” (Luhmann 2007: 277). Cuando hay poder, la acción no requiere justificarse vivencialmente. Ello resulta en que la acción de ego se ajusta pragmáticamente a la de alter, o no. Cuando lo hace, el conflicto se resuelve en favor de las estructuras estabilizadas; cuando no lo hace, el conflicto se resuelve en favor de la variación.



Es plenamente cierto que a nivel evolutivo el problema es comunicativo, pero si se trata de emergencia entonces en el nivel inferior, en este caso la interacción alter-ego, está en la base de la constelación significativa del poder, y puede conducir a cambios en la organización institucional de él en el momento en que ego opta por no actuar en el sentido de la acción de alter, es decir, cuando ego desafía el poder de alter: “El límite del poder se halla entonces ahí donde ego comienza a preferir la alternativa a evitar [la sanción] y donde él mismo recurre al poder para obligar a alter a renunciar o a imponer las sanciones” (Luhmann 2007: 277). Si se amplifica la variación puesta en marcha por la negativa de ego a actuar conforme a la acción de alter, si se selecciona y se reestabiliza, entonces hay transformaciones políticas mayores o menores, con los consecuentes cambios en las constelaciones jurídicas que las regulan. Si no, se puede colegir que las sanciones fueron suficientemente motivadoras como para mantener la acción de ego conforme a la de alter. En cualquiera de estos casos no obstante, se debe reconocer que ambos niveles operan autónoma y acopladamente cuando se trata de la génesis de una variación evolutiva.

(d) Si operan autónoma y acopladamente, entonces la acción tiene también alguna fuerza causal sobre la comunicación. El proceso de comunicación se forma en la resolución del problema de la doble contingencia alter-ego: un tema observado desde dos posiciones. Puesto que ego y alter tienen sus propias determinaciones derivadas de su propia constitución, la comprensión de ego de la oferta de alter puede ser tan solo probable. La probabilidad de comprensión y éxito se incrementa por la estandarización de los medios simbólicos, pero como hemos visto, tampoco predifine los estados subsecuentes de la comunicación. Si es así, entonces la comunicación, aun cuando sea un orden emergente, puede abrir posibilidades de conducción para los participantes. Señala Luhmann: “Si alter por su parte se sabe observado puede él mismo tomar esa diferencia de información y acto de notificación y apropiársela, desplegarla, usarla y (con mayor o menor éxito) emplearla para la conducción del proceso de comunicación” (1987: 198). La comunicación sigue sujeta a la autonomía de su emergencia, pero nada impide que la autonomía de la acción busque modalidades de orientación. Esto es lo que Habermas llamaría una acción estratégica (1990), aunque en Habermas comunicación y acción están demasiado interpenetradas como para no atribuir a ella una capacidad de determinación fuerte del proceso, que sólo puede ser contrarrestada por otra acción estratégica o porque finalmente predomine una acción comunicativa.

La conducción del proceso comunicativo por parte de alter por cierto puede apelar a las constelaciones significativas de medios simbólicos. En cada caso se puede contar con las estandarizaciones sociales y emplearlas para orientar el proceso. Como lo vimos, el caso más claro es el del poder, pero también alter puede conseguir un mejor precio o mejores ganancias porque conoce las condiciones de mercado, o puede obtener un mayor apoyo de su pareja porque sabe que el amor impulsa a altos

sacrificios (aunque por la autonomía del medio, siempre es posible que el amor no alcance para tanto). Pero incluso en un nivel elemental esta conducción puede tener lugar: “Cuando se sabe y se tiene en cuenta que la comprensión es controlada, se puede también simular el entendimiento, y se puede hacer visible la simulación del entendimiento evitando paralelamente que esta visibilización fluya en el proceso de comunicación. Con ello se comunica en un metanivel que la simulación y su visibilización no pueden ser comunicadas, y de ese modo se controla nuevamente el entendimiento a ese nivel” (Luhmann 1987: 199). Esta modalidad puede ser empleada en la interacción, pero tiene gran relevancia en las organizaciones, especialmente cuando se quieren obtener resultados por vías distintas a las estipuladas en las estructuras procedimentales, las que por lo demás, siguen funcionando (Rodríguez/Opazo 2007).

Todo esto entrega antecedentes para pensar en los componentes performativos de la teoría de sistemas en relación a la interacción. Ella bajo ningún punto de vista es superflua. Puesto que los sistemas de interacción se constituyen por la presencia de individuos concretos, existe siempre un rango de variabilidad alto para irritar al orden emergente de la comunicación organizacional o funcional. Los resultados de estos esfuerzos se pueden probabilizar por teorías de la orientación sistémica contextual como la de Willke, en las que dada la emergencia y autonomía de sistemas, se opta por ofertas de innovación puestas en el lenguaje del sistema cuyos rendimientos se quieren cambiar, para que de ello emerja autónomamente una autotransformación (Willke 1993). Pero más allá de esto, la propia relación morfogenética entre la presencialidad y espontaneidad de la acción y la relativa estabilidad de la estructura en Luhmann muestra posibilidades orientadoras: “Las grandes formas de sistemas-parciales de la sociedad flotan en un mar de pequeños sistemas que continuamente se forman y se vuelven a deshacer [...] Precisamente las llamadas relaciones ‘interface’ entre sistemas funcionales utilizan interacciones y organizaciones, las cuales no se dejan ordenar unilateralmente en ningún lado” (Luhmann 2007: 644). Justamente porque son autónomas, ellas no se dejan ordenar en ningún lado, y si lo son tienen una alta capacidad para la performatividad de la sociedad.

VII. La emergencia de la emergencia

Se puede interpretar el desarrollo de la teoría sociológica como una permanente oscilación entre una atribución de preeminencia a la acción o a la estructura en la explicación de lo social. Teorías como las de Parsons, Archer o Habermas han tenido explícitamente esta oscilación a la vista para construir sus propios modelos como un intento de conciliación de la oscilación. Pero este no es puramente un rendimiento a nivel de la teoría. Si la sociología surge con la consolidación de la so-



ciudad moderna, entonces se enfrenta a la interpretación de dos nuevos procesos que emergen con ella: la diferenciación funcional y la diferenciación de los individuos. Marx, Durkheim, Weber, Simmel, constantemente intentaron dar una respuesta a esto. Parsons, Coleman, Archer, Habermas, Luhmann lo continuaron haciendo, pero con herramientas distintas.

Por un lado, la diferenciación de sistemas (Luhmann), de esferas de acción (Weber, Habermas) o de campos de poder (Bourdieu) y, por otro lado, la diferenciación de la individualidad, hacen de la sociedad contemporánea un espacio objetual, social y temporalmente mucho más complejo que en épocas anteriores. En la dimensión objetual, la sociedad difícilmente se deja regular por una instancia central, por más que la política siga queriendo cumplir ese rol. Los individuos son asimismo cada vez más individuos y se vinculan en procesos de interacción crecientemente descolgados de las estructuras sistémicas estabilizadas. Entran y salen de distintas organizaciones e interacciones, pasan de agentes locales a actores corporativos globales con rapidez y fluidez. En la dimensión social, la diferenciación de esferas conduce a múltiples formas de observación e interpretación de los acontecimientos que no se dejan reducir ni controlar linealmente por pretensiones ajenas, y en el plano de los individuos concretos se despliega una mayor conciencia de la individualidad del individuo y de la legitimidad autosustentada de las interacciones en las que cada uno se incluye. En la dimensión temporal en tanto, cada esfera produce su propia forma de manejo del tiempo, lo que genera altos riesgos para las operaciones de cada una de ellas (piénsese sólo en la diferencia de temporalidad de la investigación científica y de las decisiones políticas que buscan la implementación de conocimiento). Por otra parte, en el plano de la individualidad, el tiempo se vivencia fragmentadamente como efecto de las múltiples inclusiones y exclusiones de los individuos en y desde interacciones espontáneas, reguladas, en y desde organizaciones y sistemas funcionales. No hay un tiempo lineal de estructuración de la individualidad, aunque el pasado pueda seguir describiéndose secuencialmente y el futuro pueda seguir planificándose.

Complejidad, por tanto, no es que todo se haga más confuso, sino que las estructuras sistémicas y las formas de la individualidad alcanzan una mayor autonomía en la determinación de sus propios estados, pero que por esto, a la vez, requieren de los rendimientos de otras esferas e individuos. La emergencia emerge de esta complejidad del mundo. Es justamente esto lo que la sociología capta haciendo suya la idea de emergencia y la conceptualización de lo social como relación morfogenética de acción y estructura —más allá de las distintas formas de reinterpretar esta distinción en los distintos modelos teóricos. Coleman opta por un camino que subvalora la autonomía de la dimensión estructural; Parsons oscila entre distintas configuraciones teóricas de esta relación; Archer y Luhmann se instalan sobre el concepto de emergencia de manera radical y lo exprimen en todo su potencial, lo que no los exime de las tentaciones descritas.

Por la vía del concepto de emergencia se capta la diferenciación y autonomía del mundo moderno, así como la complejidad de sus relaciones. Esto parece estar transformándose en un programa transversal de la sociología contemporánea, especialmente de aquella que no se limita a la tradición sociológica para dotar de contenido a sus modelos. El ejemplo de Parsons parece ser señero en esto: es señero en vincular el conocimiento sociológico a otras áreas de la ciencia de manera constitutiva y no superficial, es decir, tanto a nivel de su fundamento operativo y de sus componentes dinámicos y performativos. Pero el punto, finalmente, no es la opción por la transdisciplinariedad en sí misma, sino los rendimientos para la comprensión de la sociedad moderna que se pueden extraer de ahí. Cuando el vínculo acción/estructura se entiende de manera no reductiva a partir del concepto de emergencia, entonces este parece ser un valioso fruto de aquella opción.



Bibliografía

- Aguilar, O. (2008): La teoría del *habitus* y la crítica realista al conlacionismo central. *Persona y Sociedad*, Vol. XXI, N°1 (próxima aparición).
- Anderson, M. (2003): Embodied Cognition: A Field Guide. *Artificial Intelligence*, 149, 91-130.
- Archer, M. (1995): *Realist Social Theory: The Morphogenetic Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer, M. (1997): *El lugar de la cultura en la teoría social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Archer, M. (2007): *Making our way through the World: Human reflexivity and social mobility*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bales, R. (1950): *Interaction process analysis*. Cambridge, Mass.: Wesley Press.
- Bashkar, R. (1978): *A Realist Theory of Science*. Brighton: Harvester.
- Bentley, M. (2006): Past and 'present': Revisiting Historical Ontology. *History and Theory*, 45, 349-361.
- Bickhard, M. (2006): The Social Ontology of Persons. En J. I. M. Carpendale & U. Muller (Eds.): *Social Interaction and the Development of Knowledge*. Mahwah, NJ: Erlbaum, 111-132.
- Chernilo, D. (2007a): A quest for universalism. Re-assessing the nature of classical social theory's cosmopolitanism. *European Journal of Social Theory*, 10 (1), 17-35.
- Chernilo, D. (2007b): *A Social Theory of the Nation State*. London: Routledge.
- Clark, A. (1999): An Embodied Cognitive Science? *Trends in Cognitive Science*, 9, 345-351.
- Coleman, J. (1994): *Foundations of social theory*. Cambridge: The Belknap Press.
- Crane, T. (2001): The Significance of Emergence. En B. Lower & G. Gillent (Eds.), *Physicalism and its Discontents*. Cambridge: Cambridge University Press, 207-224.
- Cruikshank, J. (2002): *Realism and Sociology: Anti-Foundationalism, Ontology, and Social Research*. London/New York: Routledge.
- Daiker, C. (2006): Zur Simulation sozialer Systeme mittels systemtheoretischer Maßnahmen —Eine Makrosimulation mit STELLA. *Soziale Systeme*. Heft 1, 12, 157-195.

- Derrida, J. (1989): *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Emmeche, C., Koppe S. & Stjerfelt F. (2000): Levels, Emergence, and Three Versions of Downward Causation. En P. Bogh, C. Emmeche, N. Finnemann & Peder Christiansen (Eds.), *Downward Causation. Minds, Bodies and Matter* (pp. 13-33). Aarhus: Aarhus University Press, 13-33.
- Fuchs, C. & Hofkirchner, W. (2005): The Dialectic of Bottom-up and Top-down Emergence in Social Systems. *TripleC*, 1(1), 28-50.
- Garfinkel, H. (1967): *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Gerhardt, U. (2002): *Talcott Parsons. An intellectual biography*. Cambridge: Cambridge University Press.
- González, A. (1987): *La construcción teórica en antropología*. Barcelona: Anthropos.
- Habermas, J. (1971): Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie? Eine Auseinandersetzung mit Niklas Luhmann. En J. Habermas & N. Luhmann, *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie?* Frankfurt: Suhrkamp, 142-290.
- Habermas, J. (1989): *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1990): *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (2000): *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- Harris, M. (1982): *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza.
- Hempel, C. & Oppenheim, P. (1948): Studies in the logic of explanation. *Philosophy of Science*, 15, 135-175.
- Ibáñez, A. (2006): *Complejidad y cognición*. Thesis PhD. Department of Psychology, Universidad Católica de Chile.
- Ibáñez, A. (2007): Complexity and Cognition: A Meta-Theoretical Analysis of the Mind and Brain as a Topological Dynamical System. *Nonlinear Dynamics, Psychology, and Life Sciences* 11(1), 51-90.
- Izuzquiza, I. (1989): *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*. Barcelona: Anthropos.
- Katan, D. & Straniero, F. (2003): Submerged ideologies in media interpreting. En M. Baker (ed.), *Translation and Ideology*. Manchester: St. Jerome.



- Lakatos, I. (1983): *La metodología de los programas de investigación*. Madrid: Alianza.
- Lewin, R. (1995): *Complejidad. El caos como generador del orden*. Barcelona: Tusquets.
- Llobera, J.R. (1980): *Hacia una historia de las ciencias sociales*. Barcelona: Anagrama.
- Luhmann, N. (1971): Sinn als Grundbegriff der Soziologie. En J. Habermas & N. Luhmann, *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie?* Frankfurt: Suhrkamp, 25-100.
- Luhmann, N. (1987): *Soziale Systeme*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Luhmann, N. (1985): Die Autopoiesis des Bewusstseins. *Soziale Welt*, 36 (4), 402-446.
- Luhmann, N. (1998): Los medios generalizados y el problema de la doble contingencia. En *Teoría de los sistemas sociales (artículos)*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Luhmann, N. (1995): Intersubjektivität oder Kommunikation: Unterschiedliche Ausgangspunkte soziologischer Theoriebildung (pp. 169-188). En N. Luhmann, *Soziologische Aufklärung 6*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Luhmann, N. (2005a): Identität —was oder wie? En *Soziologische Aufklärung 5*. VS Verlag: Wiesbaden, 15-30.
- Luhmann, N. (2005b): Die operative Geschlossenheit psychischer und sozialer Systeme. En *Soziologische Aufklärung 6*. VS Verlag: Wiesbaden, 26-37.
- Luhmann, N. (2005c): Erleben und Handeln. En N. Luhmann, *Soziologische Aufklärung 3*. VS Verlag: Wiesbaden, 77-92.
- Luhmann, N. (2006): *Einführung in die Systemtheorie*. Heidelberg: Carl-Auer Verlag.
- Luhmann, N. (2007): *La sociedad de la sociedad*. México D.F.: Herder/Universidad Iberoamericana.
- Lyotard, J.F. (1989): *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Mascareño, A. (2007a): Sociología del método. *Iberoforum*, Tomo 3, Vol. 2.
- Mascareño, A. (2007b): Emergencia y *downward causation* en la sociología sistémica. En A. Ibáñez & D. Cosmelli (Eds.), *Nuevos enfoques de la cognición*. Santiago: Universidad Diego Portales, 131-144.
- Mascareño, A. (2008a): Ethics of contingency beyond the praxis of reflexive law. *Soziale Systeme*, Heft 2 (próxima aparición).

- Mascareño, A. (2008b): Communication and cognition: The social beyond language, interaction and culture. *Integrative Psychological Behavior*, 42, 2 (próxima aparición).
- Mihata, K. (1997): The persistence of emergence. En Eve, R., Horsfall, S., Lee, M. (Eds.), *Chaos, Complexity & Sociology*. Thousand Oakes, CA.: Sage, 30-38.
- Murdock, G. P. (1981): *Atlas of World Cultures*. Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press.
- Parsons, T. (1968): *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama.
- Parsons, T. (1966): *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente.
- Parsons, T. (1974): *La sociedad. Perspectivas evolutivas y comparativas*. México D.F.: Trillas.
- Parsons, T., Bales, F. & Shils, E. (1970): *Apuntes sobre la teoría de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Phyllyshyn, Z. (1984): *Computation and Cognition*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Reinhold, T. (2006): Zur Modellierung symbolisch generalisierter Kommunikationsmedien. *Soziale Systeme*, Heft 1, 12, 121- 156.
- Ritzer, G. (1990): Metatheorizing in Sociology. *Sociological Forum*, Vol. 5, 1, 3-15.
- Ritzer, G., Zhao, S., Murphy, J. (2002): Metatheorizing in Sociology: The Basic Parameters and the Contribution of the Postmodernism. En J. Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Robles, F. (1999): *Los sujetos y la cotidianidad*. Talcahuano: Sociedad Hoy.
- Rodríguez, D., Opazo, María Pilar (2007): *Comunicaciones de la organización*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Sawyer, R. (2001): Emergence in Sociology: Contemporary Philosophy of Mind and Some Implications for Sociological Theory. *American Journal of Sociology*, 107 (3), 551-585.
- Sawyer, R. (2002): Durkheim's Dilemma: Toward a Sociology of Emergence. *Sociological Theory*, 20 (2), 227-247.
- Schimank, U. (1985): Der mangelnde Akteurbezug systemtheoretischer Erklärungen gesellschaftlicher Differenzierung —Ein Diskussionsvorschlag. *Zeitschrift für Soziologie*, 14, 421-434.
- Schröder, J. (1998): Emergence: Non-deductibility or Downwards causation? *The Philosophical Quarterly*, 48 (193), 433-452.



- Stegmüller, W. (1976): *The structure and dynamics of theories*. New Cork: Springer.
- Stephan, A. (1999): Varieties of emergentism. *Evolution and Cognition*. Vol. 5, 1, 49-59.
- Stewart, P. (2001): Complexity Theories, Social Theory, and the Question of Social Complexity. *Philosophy of the Social Sciences*, 31 (3), 323-360.
- Turner, J. (1990): The Misuse and Use of Metatheory. *Sociological Forum*, Vol. 5, 1, 37-53.
- Valsiner, J. (1998): *The Guided Mind: A Sociogenetic Approach to Personality*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Varela, F. (1990): *Conocer*. Gedisa: Barcelona.
- Varela, F., Thompson, E. & Rosch, E. (1991): *The Embodied Mind*. Cambridge: MIT Press.
- Van Fraseen, B. (2000): The false hopes of traditional epistemology. *Philosophy and Phenomenological Research*, 40, 253-280.
- Vivanco, M. (2007): Temas de la complejidad. *Documento de Trabajo*, Departamento de Sociología, Universidad de Chile.
- Von Beyme, K. (1991): *Theorie der Politik im 20. Jahrhundert*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Von Foerster, H. (2003): *Understanding understanding: essays on cybernetics and cognition*. New Cork: Springer.
- Weber, M. (2004): *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Willke, H. (1993): *Systemtheorie entwickelter Gesellschaften. Dynamik und Riskanz moderner gesellschaftlicher Selbstorganisation*. Weinheim, München: Juventa.
- Wilson, M. (2002): Six View of Embodied Cognition. *Psychonomic Bulletin & Review*, 9(4), 625-636.
- Woodward, James (2003): *Making Things Happen: a Theory of Causal Explanation*. Oxford: Oxford University Press.